

Tertuliano



Exortação aos Mártires

Apologia

Fontes:

<http://multimedios.org>

<http://www.tertullian.org/brazilian/apologia.html>

Exhortación a los Mártires (*Ad Martyres*)¹

"La Exhortación a los Mártires" más que un tratado es un discurso dirigido por Tertuliano a los cristianos encarcelados por la fe en la ciudad de Cartago, por los meses de enero y febrero del año 197 para animarlos a perseverar en su confesión y a, merecer la gracia del martirio.

Es la más antigua de las obras, de las que han llegado hasta nosotros, de este fecundo autor. Precede en algunos meses a su "Apología" que tanta celebridad le alcanzó no sólo entre sus contemporáneos, sino también ante la posteridad.

Quizá no haría mucho que se había convertido a la Religión Cristiana, abandonando con el paganismo una vida disoluta y también un porvenir brillante en el foro, atraído precisamente por el espectáculo de valiente serenidad y heroica resistencia ofrecido por tantos fieles, de toda edad y condición, que preferían morir entre los más horrorosos tormentos, antes que renegar de su fe en Cristo, y luchando para alcanzarles a todos los hombres del futuro una libertad de conciencia, que el despotismo imperial romano no toleraba.

El sacrificio por él realizado de una segura fama forense, iba a proporcionarle a través de todas las edades otra celebridad más noble e inmortal, la de abogado de los fieles de Cristo.

La presente obrita es el glorioso pórtico de esta su fama imperecedera.

Antes de dirigir su alegato a los jueces imperiales y antes de redactar aquel otro documento a todos los pueblos -Ad nationes-, en defensa de miles de inocentes, parece que hubiera sentido la necesidad de volverse hacia los que quería defender para consagrarles todo su ingenio, su elocuencia y su afecto.

Aún no había alcanzado la dignidad del sacerdocio. Es un laico que desea asociarse a los demás fieles que, bajo la guía de su obispo, acuden ante los confesores, ante los encarcelados y perseguidos por la fe, para llevarles lo que habían podido ahorrar con sus ayunos y lo ganado con el comercio de

su trabajo, y aliviar así sus necesidades y, a la vez, testimoniarles su afecto, adhesión y homenaje.

Pero esto a él no le basta. Quería además ofrecerle no tanto recursos materiales, cuanto un don espiritual que contribuyese al sostenimiento de sus almas estimulándolas a perseverar en la lucha hasta alcanzar su glorioso destino.

Con tal propósito, escribe la "Exhortación a los Mártires", delicada joya de la primitiva literatura cristiana, que posteriormente ejercerá una influencia enorme en la producción de este mismo carácter y finalidad.

Comienza su discurso lamentando la humildad de su persona e indicando el carácter de su ofrenda. Pídeles que mantengan entre ellos la paz y la concordia para poder gozar de la fortaleza del Espíritu Santo y proporcionar con su conducta esos mismos bienes a la Santa Iglesia.

Como atletas de Cristo deben considerar la cárcel, en la que se encuentran, como la palestra donde con enérgico entrenamiento han de prepararse para el certamen final y la victoria definitiva. Ahí debe fortalecerse su fe considerando que el mundo es una prisión más dañina para el alma, de lo que pueda ser la cárcel material para el cuerpo. Ahí debe acrecentarse el espíritu de oración como si se hallasen en la soledad tan amada de los profetas.

El recuerdo de las arduas acciones realizadas por tantos hombres movidos por el afán de gloria, de lucro o vanidad, ha de servirles de estímulo para ganar la corona inmarcesible de la dicha sempiterna.

Pero los sufrimientos corrientes de la vida, las sorpresas dolorosas, que de continuo acechan, hora tras hora, a toda clase de personas, ocultan una lección de la Providencia con la cual los exhorta a la lucha por la verdad y la salvación.

Tal es en síntesis la estimulante consolación que les dirige para confortarlos. No se encuentra en ella la enérgica combatividad de sus otras obras. Por el

contrario, la perfuma un respetuoso sentido de humildad, la anima un afectuoso interés por su triunfo, y la compenetra una emoción viril, totalmente ajena al sentimentalismo; pero que patentiza el entusiasmo de un alma grande que conoce y avalora toda la poderosa importancia y la suprema belleza moral del sacrificio que estas almas ofrendan en el ara de su fe.

Esta entonación emotiva está impregnada de una cierta nostalgia de no ser él también uno de estos afortunados distinguidos por Dios, de no poderlos emular en la serena tranquilidad con que avanzan hacia un morir de los más afrentosos e implacables.

Después de haber leído el tratado de Tertuliano acerca de la paciencia, ningún otro de sus escritos queda mejor que esta "Exhortación a los Mártires". El martirio, en efecto, es la más gloriosa corona y el supremo triunfo de la paciencia cristiana sobre la debilidad y el terror al sufrimiento de la naturaleza humana. Es el reflejo de la divina e insuperable paciencia del Mártir máximo, Cristo Crucificado, que ilumina con destellos de inmortalidad la débil carne de los hombres, elevada por la gracia a las cumbres mismas de la fortaleza.

Además, estas preciosas páginas, escritas hace dieciocho siglos y medio, parecen traer de los mártires de entonces a los fieles de hoy, el eco grandioso de un canto de verdad y heroísmo que invita a unos a contemplar con serenidad el momento crucial que atraviesan, tan al borde de la persecución; para otros, para los hermanos que gimen tras las cortinas comunistas, en las angustias de la Iglesia del Silencio, traen unas palabras consolatorias, un ejemplo de constancia y una esperanza de triunfo; y para todos, el mandato de proclamar, cada uno en su medio y según sus fuerzas, los derechos de la criatura humana a la libertad de los hijos de Dios, y que Cristo -ayer, hoy y siempre- vive en su Iglesia para salvación de los hombres de todas las épocas y de todos los pueblos.

Arsenio Seage

Capítulo I: Necesidad de la concordia

Entre los alimentos que para el cuerpo ¡Oh escogidos y dichosos mártires! Os envía a la cárcel la señora Iglesia, nuestra madre, sacados de sus pechos y del trabajo, de cada uno de los fieles, recibid también de mí algo que nutra vuestro espíritu; porque no es de provecho la hartura del cuerpo cuando el espíritu padece hambre². Y si todo lo que está enfermo debe ser curado, con mayor razón ha de ser mejor atendido lo que está más enfermo.

No soy ciertamente yo el más indicado para hablaros; sin embargo, los gladiadores, aun los más diestros, sacan ventaja no tan sólo de sus maestros y jefes, sino también de cualquier ignorante e incapaz, que desde las graderías los exhortan, y no pocas veces sacaron provecho de las indicaciones sugeridas desde el público.

Por tanto, en primer lugar ¡Oh bendecidos de Dios! No contristéis al Espíritu Santo (*Ef.*, IV, 3), que entró en la cárcel con vosotros; que si no hubiese entrado con vosotros, nunca la hubieseis podido aguantar. Esforzaos, pues, para que no os abandone y así, desde ahí, os conduzca al Señor.

En verdad la cárcel es también casa del demonio, donde encierra a sus familiares y seguidores; pero vosotros habéis entrado en ella para pisotearlo precisamente en su propia casa, después de haberlo maltratado afuera cuando se os perseguía.

¡Atentos! Que no vaya ahora a decir: "En mi casa están; los tentaré con rencillas y disgustos, provocando entre ellos desavenencias".

¡Que huya de vuestra presencia y escóndase deshecho e inutilizado en el infierno, como serpiente dominada y atontada por el humo! De modo que no le vaya tan bien en su reino que os pueda acometer, sino que os encuentre protegidos y armados de concordia, porque vuestra paz será su derrota.

Esta paz debéis custodiarla, acrecentarla y defenderla entre vosotros, para que podáis dársela a los que no la tienen con la Iglesia y suelen ir a suplicársela a los mártires encarcelados³.

Capítulo II: La cárcel del mundo

Los demás impedimentos y aun vuestros mismos parientes os han acompañado tan sólo hasta la puerta de la cárcel. En ese momento habéis sido segregados del mundo. ¡Cuánto más de sus cosas y afanes!

¡No os aflijáis por haber sido sacados del mundo!

Si con sinceridad reflexionamos que este mundo es una cárcel, fácilmente comprenderíamos que no habéis entrado en la cárcel sino que habéis salido. Porque mucho mayores son las tinieblas del mundo que entenebrece la mente de los hombres⁴. Más pesadas son sus cadenas, pues oprimen a las mismas almas. Más repugnante es la fetidez que exhala el mundo porque emana de la lujuria de los hombres. En fin, mayor número de reos encierra la cárcel del mundo, porque abarca todo el género humano amenazado no por el juicio del procónsul, sino por la justicia de Dios⁵.

De semejante cárcel ¡Oh bendecidos de Dios! Fuisteis sacados, y ahora trasladados a esta otra que, si es oscura, os tiene a vosotros que sois luz⁶; que, no obstante sus cadenas, sois libres delante de Dios⁷; que, en medio de sus feos olores, sois perfume de suavidad⁸. En ella un juez os espera a vosotros, a vosotros que juzgaréis a los mismos jueces⁹.

Ahí se entristece el que suspira por las dichas del mundo; pero el cristiano, que afuera había renunciado al mundo, en la cárcel desprecia a la misma cárcel. En nada os preocupe el rango que ocupáis en este siglo, puesto que estáis fuera de él. Si algo de este mundo habéis perdido, gran negocio es perder, si perdiendo habéis ganado algo mucho mejor. Y ¡cuánto habrá que decir del premio destinado por Dios para los mártires!

Entre tanto sigamos comparando la vida del mundo con la de la cárcel.

Mucho más gana el espíritu que lo que pierde el cuerpo. Pues, a éste no le falta nada de lo que necesita, gracias a los desvelos de la Iglesia y a la

fraterna caridad de los fieles¹⁰. Además, el espíritu gana en todo lo que es útil a la fe. Porque en la cárcel no ves dioses extraños, ni te topas con sus imágenes, ni te encuentras mezclado con sus celebraciones, ni eres castigado con la fetidez de sus sacrificios inmundos. En la cárcel no te alcanzará la gritería de los espectáculos, ni las atrocidades, ni el furor, ni la obscenidad de autores y espectadores¹¹. Tus ojos no chocarán con los sucios lugares de libertinaje público. En ella estás libre de escándalos, de ocasiones peligrosas, de insinuaciones malas y aun de la misma persecución.

La cárcel es para el cristiano lo que la soledad para los profetas (*Mt.*, 1, 3, 4, 12 y 35). El mismo Señor frecuentaba los lugares solitarios para alejarse del mundo y entregarse más libremente a la oración (*Lc.*, VI, 12); Y finalmente, fue en la soledad donde reveló a sus discípulos el esplendor de su gloria (*Mt.*, XVII, 1-9)¹².

Saquémosle el nombre de cárcel y llamémosle retiro.

Puede el cuerpo estar encarcelado y la carne oprimida, pero para el espíritu todo está patente. ¡Sal, pues, con el alma! ¡Paséate con el espíritu, no por las umbrosas avenidas ni por los amplios pórticos, sino por aquella senda que conduce a Dios! ¡Cuántas veces la recorras, tantas menos estarás en la cárcel! ¡El cepo no puede dañar tu pie, cuando tu alma anda en el cielo!

El espíritu es el que mueve a todo el hombre y lo conduce a donde más le place, porque "donde está tu corazón, allí está tu tesoro" (*Mt.*, VI, 21). Pues bien, ¡que nuestro corazón se halle, donde queremos que esté nuestro tesoro!

Capítulo III: La cárcel, palestra de la victoria

Sea así ¡Oh amados de Dios! Que la cárcel resulte también molesta para los cristianos. Pero, ¿no hemos sido llamados al ejército del Dios vivo y en el bautismo no hemos jurado fidelidad?

El soldado no va a la guerra para deleitarse; ni sale de comfortable aposento, sino de ligeras y estrechas tiendas de campaña, donde toda dureza, incomodidad y malestar tienen asiento.

Y aun durante la paz debe aprender a sufrir la guerra marchando con todas sus armas, corriendo por el campamento, cavando trincheras y soportando la carga de la tortuga¹³.

Todo lo prueban con esfuerzo para que después no desfallezcan los cuerpos ni los ánimos: de la sombra al sol, del calor al frío, de la túnica a la armadura, del silencio al griterío, del descanso al estrépito.

Así pues, vosotros ¡Oh amados de Dios! Todo cuanto aquí os resulta dañoso tomadlo como entrenamiento, tanto del alma como del cuerpo. Pues recia lucha tendréis que aguantar.

Pero en ella el agonoteto¹⁴ es el mismo Dios; el xistarco¹⁵ es el Espíritu Santo; el premio, una corona eterna; los espectadores, los seres angélicos; es decir, todos los poderes del cielo y la gloria por los siglos de los siglos.

Además, vuestro entrenador es Cristo Jesús¹⁶, el cual os ungió con su espíritu. Él es quien os condujo a este certamen y quiere, antes del día de la pelea, someteros a un duro entrenamiento, sacándoos de las comodidades, para que vuestras fuerzas estén a la altura de la prueba.

Por esto mismo, para que aumenten sus fuerzas, a los atletas se los pone también aparte, y se los aleja de los placeres sensuales, de las comidas delicadas y de las bebidas enervantes. Los violentan, los

mortifican y los fatigan porque cuanto más se hubieran ejercitado, tanto más seguros estarán de la victoria.

Y éstos -según el Apóstol- lo hacen para conseguir una corona perecedera, mientras que vosotros para alcanzar una eterna (*1 Co. IX, 25*).

Tomemos, pues, la cárcel como si fuera una palestra; de donde, bien ejercitados por todas sus incomodidades, podamos salir para ir al tribunal como a un estadio. Porque la virtud se fortifica con la austeridad y se corrompe por la molicie.

Capítulo IV: Ejemplos paganos de heroicidad

Si sabemos por una enseñanza del Señor que "la carne es débil y el espíritu pronto", no nos hagamos muelles; porque el Señor acepta que la carne sea débil, pero luego declara que el espíritu está pronto para enseñarnos que a éste debe aquélla estarle sujeta. Es decir, que la carne sirva al espíritu, que el más débil siga al más fuerte, y participe así de la misma fortaleza.

Entiéndase el espíritu con el cuerpo sobre la común salud. Mediten, no tanto sobre las incomodidades de la cárcel, como sobre la lucha y batalla finales. Porque quizás el cuerpo teme la pesada espada, la enorme cruz, el furor de las bestias, la grandísima tortura del fuego y, en fin, la habilidad de los verdugos en inventar tormentos.

Entonces el espíritu ponga, ante sí y ante la carne, que si todo esto es ciertamente muy grave, sin embargo ha sido soportado con gran serenidad por muchos; y todavía por otros muchos más tan sólo por el deseo de alcanzar fama y gloria. Y no sólo por hombres sino también por mujeres. De modo que vosotras ¡Oh bendecidas de Dios! Habéis de responder también por vuestro sexo.

Largo sería, si intentase enumerar todos los casos de hombres que por propia voluntad perecieron¹⁷. De entre las mujeres está a la mano Lucrecia que, habiendo sufrido la violencia del estupro, se clavó un puñal en presencia de sus parientes para salvar así la gloria de su castidad. Mucio dejó que se quemara su mano derecha en las llamas de un ara, para con este hecho conseguir fama.

Menos hicieron los filósofos. Sin embargo, Heráclito se hizo abrasar cubriéndose con estiércol de ganado. Empédocles se arrojó en el ardiente cráter del Etna. Peregrino no hace mucho que se precipitó a una hoguera¹⁸.

En cuanto a las mujeres que despreciaron el fuego está Dido, que lo hizo para no verse obligada a casarse nuevamente después de la muerte

de su marido, por ella amado tiernamente. Asimismo, la esposa de Asdrúbal, enterada de que su esposo se rendía a Escipión, se arrojó con sus hijos en el fuego que destruía a su patria, Cartago.

Régulo, general romano, prisionero de los cartagineses, no consintiendo ser canjeado tan sólo él por muchos prisioneros enemigos retorna al campo adversario para ser encerrado en una especie de arca llena de clavos, sufriendo así el tormento de muchísimas cruces.

Cleopatra, mujer valerosa, prefirió las bestias, y se hizo herir por víboras y serpientes -más horribles que el toro y el oso- antes que caer en manos del enemigo.

Pero pudiera creerse que más es el miedo a los tormentos que a la muerte. En este sentido, ¿acaso aquella meretriz de Atenas cedió ante el verdugo? Conocedora de una conjuración, fue atormentada para que traicionara a los conjurados; entonces, para que entendiesen que con las torturas nada le podrían sacar aun cuando siguiesen atormentándola, se mordió la lengua y se la escupió al tirano.

Nadie ignora que hasta hoy la mayor festividad entre los espartanos es la de la flagelación. En esta solemnidad los jóvenes de la nobleza son azotados delante del altar y en presencia de sus padres y parientes, que los animan a perseverar en el suplicio. Consideran que no hay renombre y gloria de mayor título que perder la vida antes que ceder en los sufrimientos.

Luego, si por afán de terrena gloria tanto puede resistir el alma y el cuerpo de llegar hasta el desprecio de la espada, el fuego, la cruz, las bestias y todos los tormentos, y tan sólo por el premio de una alabanza humana; entonces puedo afirmar que todos estos sufrimientos son muy poca cosa para alcanzar la gloria del cielo y la merced divina.

Si tanto se paga por el vidrio, ¿cuánto no se pagará por las perlas?

¿Quién, pues, no dará con sumo gusto por lo verdadero, lo que otros dieron por lo falso?

Capítulo V: Lección de los juegos

Dejemos estos casos motivados por el afán de gloria.

Hay también entre los hombres otra manía y enfermedad del alma que los lleva a soportar tantos juegos llenos de sevicia y crueldad.

¿A cuántos ociosos la vanidad no los hizo gladiadores, pereciendo luego a causa de las heridas?¹⁹

¡Cuántos otros, llevados del entusiasmo, luchan con las mismas fieras y se juzgan más distinguidos cuantas más mordeduras y cicatrices ostentan!

Algunos otros se contratan para vestirse por algún tiempo con una túnica de fuego²⁰. No faltan los que se pasean calmosamente, mientras van recibiendo en sus pacientes espaldas los latigazos de los cazadores²¹.

Todas estas atrocidades ¡Oh bendecidos de Dios! No las permite el Señor en estos tiempos sin motivo. Con ellas trata ahora de exhortarnos, o quizás de confundirnos el día del juicio, si tuviéramos temor de padecer por la verdad y para nuestra salvación, lo que estos jactanciosos realizaron por vanidad y para su perdición.

Capítulo VI: Los padecimientos de la vida

Dejemos ahora también estos ejemplos que nos vienen de la ostentación.

Volvamos nuestras miradas y consideremos las adversidades que son ordinarias en la vida humana. Ella nos enseñará con cuánta frecuencia sucede a los hombres, de modo inevitable, lo que sólo algunos soportaron con ánimo invicto.

¡Cuántos han sido abrasados vivos en los incendios! ¡A cuántos otros devoraron las fieras, y no sólo en la selva sino en el mismo centro de las ciudades, por haberse escapado de sus encierros!²²

¡Cuántos fueron exterminados por las armas de los ladrones o crucificados por los enemigos, después de haber sido atormentados y vejados con todo género de ignominias!

No hay hombre que no pueda padecer por la causa de otro hombre, lo que algunos dudan de sufrir por la causa de Dios.

Para esto, los acontecimientos presentes han de servirnos de lección²³.

Porque, ¡cuántas y cuán distinguidas personalidades de toda edad; ilustres por nacimiento, dignidad y valor han encontrado la muerte por causa de un solo hombre! De ellos, unos fueron muertos por él mismo porque eran sus adversarios; y otros, por serle partidarios, lo fueron por sus adversarios.

¹ La presente traducción fue realizada sobre el texto de la P. L. de Migne (Tomo 1, colum. 691-702). Se ha conservado la misma enumeración de capítulos, a los cuales, sin embargo, el traductor le ha puesto títulos con el fin de facilitar su manejo.

² En tiempo de persecución, la Iglesia por medio de sus obispos, sostenía en sus necesidades materiales a los confesores de la fe: encarcelados, perseguidos, a los que

habían huido dejándolo todo ante el temor de apostatar y a los que se les habían confiscado sus bienes por ser católicos. En una obra antiquísima, la "Didascalia de los Apóstoles", escrita probablemente en Siria, antes del año 250, se lee: "Si alguno de los fieles por el nombre de Dios o por la Fe o por la Caridad fuese enviado al fuego, a las fieras o a las minas, no queráis apartar de él los ojos... procurad suministrarle, por medio de vuestro obispo, socorros, alivios y alimento... el que sea pobre ayune y de a los mártires lo que ahorre con su ayuno... si abunda en bienes proporciónese de sus haberes para que puedan verse libres... porque son dignos de Dios; han cumplido en absoluto con aquello del Señor: «A todo el que confesare mi nombre delante de los hombres, lo confesaré yo delante de mi Padre», (V, 1).

³ Se refiere en primer lugar, a la paz de todos los fieles con Dios, alcanzada por los méritos de los mártires y de los confesores para toda la Iglesia y para la conversión del mundo pagano. Secundaria y principalmente se refiere aquí a la reconciliación de los cristianos, que por algún grave pecado habían sido excomulgados. Éstos recurrían a los confesores de la fe pidiéndoles escribiesen a los obispos intercediendo por ellos a los efectos de que se les levantara la pena o se les acortara la penitencia impuesta.

⁴ Prudencio (348, + 405), que muy bien conocía los horrores de las cárceles romanas, describe así aquella en que fue arrojado San Vicente después del tormento: "Es arrojado a un ciego subterráneo... En el fondo hay un lugar más negro que las mismas tinieblas, un cobacho formado por las piedras de una bóveda inmunda"... (Peristph., V, 238/44). Ésta de Cartago está descrita por estas palabras de Santa Perpetua, que se leen en su Pasión: "Nos metieron en la cárcel. ¡Qué horror! Jamás había sufrido tal oscuridad. ¡Terrible aquel día! ¡Insoportable estrechez por la aglomeración!"... (Pass., 111).

⁵ De aquí se deduce que estos mártires se hallaban encarcelados en Cartago, ciudad gobernada por un procónsul, por ser capital de una provincia proconsular.

⁶ Jesús dice: «Vosotros sois la luz del mundo (Mt. V, 14); Y San Pablo: «Un tiempo erais tinieblas, mas ahora luz en el Señor (Ef. V, 8).

⁷ «Si el Hijo os libertare -dice Jesús- seréis realmente libres (Jn VIII, 36)

⁸ «Somos buen olor de Cristo (II Co. 11, 15).

⁹ «Y Jesús les dijo: En verdad os digo que vosotros, los que me habéis seguido... os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Mt., XIX, 28).

¹⁰ Véase la nota número 2.

¹¹ Tertuliano escribió por el año 200, un opúsculo *De spectaculis* (Migne, P. L, 1, 701-738) repudiando estos juegos y espectáculos paganos, tan frecuentes por aquellos tiempos, y todos ellos desbordando crueldad y lujuria; donde el nombre de Dios era blasfemado, donde tantos cristianos eran martirizados y donde todo crimen y refinada maldad era aplaudida. Muchos autores paganos los repudiaron en sus obras sin mayor éxito. Antes que Tertuliano, ya Taciano, entre el 170 y 172, los había escarnecido (*Orat. Adv. gr.*, 22-24).

¹² Y además: *Mc.*, IX, 2-10; *Lc.*, IX, 28-36 y *II Pe.*, I, 17-18.

¹³ La tortuga, en el lenguaje militar romano, era un blindaje formado por los soldados estrechamente juntos entre sí y sosteniendo cada uno su propio escudo sobre la cabeza. Formaban así un techo defensivo contra el enemigo. A veces, para atacar un fuerte, sobre el primer techo de escudos se levantaba un segundo y hasta un tercero, con gran agobio de los de abajo (*Conf.*, T. Livio, XLIV).

¹⁴ El agonoteto era el presidente del certamen y el que daba los premios.

¹⁵ El xistarco era el que hacía cumplir las leyes del juego, el juez.

¹⁶ Al entrenador se lo denominaba epistato.

¹⁷ En este lugar insinúa Tertuliano que el verdadero mártir debe dejarse llevar no de su voluntad sino de la de Dios. El martirio es una vocación; por tanto, el provocar al perseguidor y ser por éste muerto, podría considerarse como una forma de suicidio.

¹⁸ Peregrino o Proteo es un personaje, cuya biografía escribió Luciano de Somosata por el año 170. Lo presenta como un tipo impostor, filósofo de la escuela cínica. Aulo Gelio, por el contrario, en sus *Noches Áticas* (XII, 11) lo pondera como varón sabio y honorable. Se le tributaba culto como si fuera un dios; *Conf.*, *Athenagorae Supplicatio pro Christianis*, 26.

¹⁹ Los gladiadores eran casi siempre reos condenados a las bestias; pero no faltaban voluntarios. Tanto unos como otros, al hacerse gladiadores, estaban condenados a una muerte violenta y prematura. Petronio, en su *Satyricon* (CXVII), nos ha dejado su juramento: "Juramos sufrir la esclavitud, el fuego, los azotes, la misma muerte, todo lo que quiera de nosotros (¿el lenista, el patrón?), declarándonos suyos en cuerpo y alma como gladiadores legalmente contratados".

²⁰ La túnica de fuego era un suplicio -algunos, sin embargo, se ofrecían voluntariamente a ponérsela en los juegos para ganarse los aplausos de la plebe-, que

condenaba al reo a ser vestido con una túnica empapada en materias combustibles: pez, resina, betún. Algunos mártires tuvieron que sufrirla antes de ser arrojados a la hoguera, como San Erasmo. De este suplicio hace mención Séneca, *Epist.*, 14.

²¹ Entre los juegos del circo había la caza de bestias feroces. Los cazadores perseguían a los animales con látigos de cuero y nervio de buey. No faltaban los que se ofrecían en espectáculo desfilando con sus espaldas desnudas, entre dos filas de cazadores que zurraban sin piedad estas "pacientísimas espaldas" como las llama Tertuliano.

²² Las ciudades que poseían circo, debían tener cuevas donde se encerraban y cuidaban las fieras para los juegos. Hubo veces que, por descuido de los cuidadores o por ferocidad de los animales, consiguieron escaparse de su encierro realizando verdaderas matanzas entre la población de la ciudad.

²³ Alude Tertuliano a un acontecimiento de aquellos días. Se trata de las ejecuciones realizadas en todo el Imperio Romano por causa del emperador Septimio Severo contra los partidarios de sus rivales Clodio Albino y Pescenio Níger. A su vez, los seguidores de éstos llevaron a cabo igual procedimiento contra los secuaces del emperador. De esta referencia se deduce que la presente obrita haya sido escrita en los primeros meses del año 197, algunos años antes de su famoso *Apologeticum*. *Conf.*, Monceaux P., *Histoire Littér. de l'Afrique chrétienne*, I, pág. 197. París, 1901.

Apologia

Certamente esta é a obra mais importante de Tertuliano, escrita no ano 197 e dirigida aos governantes do Império Romano. Tertuliano nasceu em Cartago no ano 155 dC e aí exercia sua profissão de advogado quando, em 193, converteu-se ao Cristianismo, passando a exercer também a atividade de catequista junto à Igreja.

Sua inteligência e sólida formação jurídica foram claramente demonstradas nesta obra, em que defende os cristãos, apelando por seu direito de liberdade religiosa, perante o Império Romano cruel e perseguidor. Seus argumentos são expostos de forma lógica e polêmica, visando o convencimento das autoridades a quem é dirigida, questionando a "justiça" aplicada contra os cristãos, transportando a apologética do terreno filosófico para o jurídico.

"Com admirável habilidade, Tertuliano censura os processos jurídicos, em voga, do Poder do Estado 'gentio' contra os cristãos: é suficiente o crime do 'nomen christianum' (=nome 'cristão'), para acarretar a condenação. A todos os criminosos concede-se o direito de defesa; aos cristãos, não. Àqueles, a tortura tenta arrancar uma confissão; aos cristãos, uma apostasia. As suspeitas iníquas espalhadas contra os cristãos, Tertuliano as repele como mentiras, expondo, em contraposição, o essencial concernente à fé cristã e à vida das comunidades. Concluindo, declara ser o Cristianismo uma filosofia; mas os filósofos gentios não são obrigados, como os cristãos, a sacrificar e podem até negar os deuses impunemente. Todavia, as crueldades gentílicas não prejudicarão os cristãos; ao contrário, 'o sangue dos cristãos é como semente que brota'" (B.Altaner/A.Stuiber).

"Raramente um discurso de defesa cristão conheceu semelhante precisão de argumentos jurídicos, semelhante rudeza de ironia, semelhantes aspereza de lógica, onde os argumentos são desferidos como golpes certos, as fórmulas marteladas, os dilemas inelutáveis, sem concessões à posição dos poderes públicos ou dos filósofos. Para ele [Tertuliano] não basta convencer o adversário: arrasa-o, pisa-o, humilha-o" (A.Hamman).

Agradeço aos caríssimos amigos e irmãos na fé, José Fernandes Vidal (já falecido) (cc 1-30) e Luiz Fernando Karps Pasquotto (cc 31-35), por dedicarem voluntariamente muito de seu tempo na árdua tarefa de tradução desta obra, para que se tornasse acessível a todos, em nossa língua, através da Internet. Que Deus o abençoe!

Capítulo I

Governantes do Império Romano:

- Se, sendo constituídos para a administração da justiça em vosso elevado Tribunal, sob os olhares de todos os cidadãos, ocupando ali a mais elevada posição no Estado, vós não podeis abertamente inquirir e perscrutar, diante de todo o mundo, a verdade real com respeito às perseguições feitas contra os Cristãos
- Se, somente nesse caso, tendes receio ou ficais inibidos para exercer vossa autoridade, fazendo uma inquirição pública com os cuidados que promovem a justiça
- Se, finalmente, os extremos rigores usados para com nosso povo, recentemente, em julgamentos privados, são para nós obstáculo para defender-nos perante vós

então, seguramente não podeis impedir de a Verdade chegar aos vossos ouvidos pelas vias secretas de um silencioso livro.

A Verdade não tem como apelar para vos fazer verificar sua condição, porque isso não promove vossa curiosidade por Ela. Ela sabe que não é senão uma transeunte na terra, e que entre estranhos, naturalmente encontra inimigos. E, mais do que isso, sabe que sua origem, sua habitação natural, sua esperança, sua recompensa, sua honra estão lá em cima. Uma coisa, enquanto isso, Ela deseja ansiosamente dos governantes terrestres: não ser condenada sem ser conhecida. Que dano pode causar às leis - supremas em seu poder - conceder-lhe ser ouvida? Absolutamente nada lhe prejudicaria e sua supremacia não seria mais distinguida ao condená-la, mesmo depois que Ela apresentasse sua defesa? Mas se for pronunciada uma sentença contra Ela, sem ter sido ouvida, ao lado do ódio de uma injusta ação, vós incorrereis na suspeita merecida de assim agirdes com alguma intenção que é injusta, como não desejando ouvir o que vós não estais capacitados a ouvir e a condenar.

Colocamos isto ante vós como primeira argumentação pela qual insistimos que é injusto vosso ódio ao nome de "Cristão". E a verdadeira razão que parece escusar esta injustiça (eu diria ignorância) ao mesmo tempo a agrava e a condena. Pois que o que é mais injusto do que odiar uma coisa da qual nada sabeis, mesmo se pensais que ela mereça ser odiada? Algo é digno de ódio somente quando se sabe que é merecido. Mas sem esse conhecimento, por que se reivindicar justiça? Pois se deve provar, não pelo simples fato de existir uma aversão, mas pelo conhecimento do assunto. Quando os homens, portanto, cultivam uma aversão simplesmente porque desconhecem inteiramente a natureza da coisa odiada, quem diz que não se trata de uma coisa que exatamente não deveriam odiar?

Assim, confirmamos que tanto são ignorantes enquanto nos odeiam, e odeiam descabidamente, quanto quando continuam em sua ignorância, sendo uma coisa o resultado da outra, se não o instrumento da outra. A prova de sua ignorância, ao mesmo tempo condenando e se escusando de sua injustiça, é esta - odeiam o Cristianismo porque não conhecem nada sobre ele nem querem conhecê-lo antes de por a todos debaixo de sua inimizade.

Quantos, se antes foram seus inimigos, tornam-se seus discípulos. Simplesmente aprendendo sobre eles, logo começam a odiar o que antes tinham sido e a professar o que antes tinham odiado. E o número destes é tão grande que atraem a vossa preocupação. O clamor é de que o Estado está cheio de cristãos - que estão nos campos, nos vilarejos, nas ilhas; levantam-se lamentações, como se por alguma calamidade, pessoas de ambos os sexos, de todas as idades e condições, mesmo de classe alta, estão se convertendo à profissão de fé cristã.

Entretanto, não ocorre a ninguém o pensamento de que estão deixando de ver alguma coisa boa. Não se permitem que nenhum pensamento mais justo chegue à sua mente, não desejam fazer um julgamento mais correto. Somente neste caso fica adormecida a curiosidade da natureza humana. Preferem ficar ignorantes, embora aos outros o conhecimento tenha trazido a felicidade.

Anacarse reprova o estúpido prazer de criticar os cultos. Quanto mais não reprovava ele o julgamento daqueles que sabe que podem ser denunciados por homens que são inteiramente ignorantes! Porque deles preconcebidamente não gostam, não querem saber mais. Assim, prejudgam aquilo que não conhecem até que, caso venham a conhecê-lo, deixem de lhe ter inimizade. Mas isso desde que pesquisem e nada encontrem digno de sua inimizade, quando deixam, então, certamente de ter uma aversão injusta. Entretanto, se seu mau caráter se manifesta, em vez de abandonarem o ódio encontram mais uma forte razão para perseverarem nesse ódio, mesmo sob a própria autoridade da justiça.

Mas argumenta alguém: uma coisa não é boa simplesmente porque as multidões se convertem a ela, pois que quantos são por sua natureza inclinados para o que é mal?! Quantos se desviam para os caminhos do erro?! Isso é verdade, sem dúvida. Contudo uma coisa completamente má, nem mesmo aqueles que a ela são levados ousam defendê-la como boa. A natureza encobre tudo o que é mau com um véu, seja de medo seja de vergonha. Por exemplo, vedes que criminosos ficam ansiosos para se esconderem eles mesmos, evitam de aparecer em público, ficam tremendo quando são caçados, negam sua culpa quando são acusados e, mesmo quando são submetidos à tortura, não confessam facilmente, nem sempre chegam a confessar; e quando não há dúvidas sobre sua culpa, lamentam o que fizeram. Em suas confissões admitem terem sido impelidos por disposições malignas, até põem a culpa seja no destino, seja nas estrelas. São incapazes de reconhecerem que aquilo veio deles, porque eles próprios sabem que aquilo é mau.

Mas o que tem isso de semelhante com o caso dos cristãos? Eles se envergonham ou se lamentam de não terem sido cristãos há mais tempo. Se são apontados cristãos, disso se gloriam. Se são acusados, não oferecem defesa. Interrogados, fazem uma confissão voluntária. Condenados, agradecem... Que espécie de mal é este que não apresenta as peculiaridades comuns do mal, do medo, da vergonha, do subterfúgio, do arrependimento, do remorso? Que mal, que crime é este de que o criminoso se alegra? Serem acusados cristãos é seu mais

ardente desejo, serem punidos por isso é sua felicidade! Vós não podeis chamar isto de mal - vós que continuais convictos de nada saberdes do assunto.

Capítulo II

Se, repetindo, é certo que somos os mais malévolos dos homens, por que nos tratais tão diferentemente de nossos companheiros, ou seja, de outros criminosos, sendo justo que o mesmo crime deva receber o mesmo tratamento? Quando os ataques feitos contra nós são feitos contra outros, a esses são permitidos falarem ou contratar advogados para demonstrar sua inocência. Eles têm plena oportunidade de resposta e de discussão.

De fato, é contra a lei condenar alguém sem defesa e sem audiência. Somente os cristãos são proibidos de dizerem algo em sua defesa, na salvaguarda da verdade, para ajudar ao juiz numa decisão de direito. Tudo o que é levado em conta é que o público, com ódio, pede a confissão de um "nome", não o exame da acusação, enquanto em vossas investigações ordinárias judiciais, no caso de um homem que confessa assassinato, ou sacrilégio, ou incesto, ou traição - para se ter idéia do crime de que são acusados - vós não vos contentais em imediatamente emitir uma sentença. Não o fazeis até que examinais as circunstâncias da confissão, qual é o tipo do crime, quantas vezes, onde, de que maneira, quando ele o fez, quem estava com ele e quem tomou parte com ele no crime.

Nada semelhante é feito em nosso caso, embora as falsidades disseminadas a nosso respeito deversem passar pelo mesmo exame para saber quantas crianças foram mortas por cada um de nós, quantos incestos cometemos cada um de nós na escuridão, que cozinheiros, que biltres foram testemunhas de nossos crimes. Ó que grande glória para os governantes que trouxessem à luz alguns cristãos que tivessem devorado uma centena de crianças. Mas, em vez disso, constatamos que mesmo uma inquisição, no nosso caso, é proibida.

Plínio, o Moço, quando era governador de uma província, tendo condenado alguns cristãos à morte, e abalado outros em sua firmeza, mas ficando aborrecido com o grande número deles, procurou, em última instância, o conselho de Trajano, o imperador reinante, para

saber o que fazer com eles. Explicou a seu senhor que, com exceção de uma recusa obstinada de oferecer sacrifícios, nada encontrou em seus cultos religiosos a não ser reuniões de manhã cedinho em que cantavam hinos a Cristo e a Deus, confirmando que, em suas casas, seu modo de vida era um geral compromisso de ser fiel a sua religião, proibido-se assassínios, adultério, desonestidade e outros crimes. A respeito disso, respondeu Trajano que os cristãos não deveriam de modo algum ser procurados, mas se fossem trazidos diante dele, Plínio, deveriam ser punidos.

Ó miserável libertação - de acordo com o caso, uma extrema contradição! Proíbe-se que sejam procurados, na qualidade de inocentes, mas manda-se que sejam punidos como culpados. É ao mesmo tempo misericordioso e cruel. Deixa-os em paz, mas os pune. Por que entraís num jogo de evasão convosco mesmo, ó julgamento? Se vós os condenais, por que também não os inquiris? Se não quereis inquiri-los, por que não os absolveis?

Postos militares estão espalhados através de todas as províncias para prenderem ladrões. Contra traidores e inimigos públicos, todo cidadão é um soldado. Buscas são feitas mesmo de seus aliados e auxiliares. Somente os cristãos não devem ser procurados, embora possam ser levados e acusados diante do juiz, se uma busca tiver um resultado diferente do previsto. Deste modo, condenais um homem que ninguém deseja perseguir, quando ele vos é apresentado e que, nem por isso, merece punição. Suponho que não por sua culpa, mas porque, embora seja proibido persegui-lo, ele foi encontrado.

Novamente, neste caso, não concordais conosco sobre os procedimentos ordinários de julgamento de criminosos, porque, no caso de negarem, aplicais a tortura para forçar uma confissão. Aos cristãos somente torturais para fazê-los negarem. É como se considerásseis que se somos culpados de algum crime, nós o negaríamos, e vós com vossas torturas nos forçaríeis a uma confissão. Mas não podeis pensar assim pois, na verdade, nossos crimes não requerem tal investigação simplesmente porque já estais cientes por

nossa confissão do nome de nosso crime. Estais diariamente acostumados a isso, sabendo de que crime se trata porque senão exigiríeis uma confissão completa de como o crime foi executado.

Deste modo, agis com a máxima perversidade quando verificando nossos crimes comprovados por nossa confissão do nome de Cristo, nos levais à tortura para obter nossa confissão que não consiste senão em repudiar tal nome, e que logo deixais de lado os crimes de que nos acusais quando mudamos nossa confissão. Suponho que, embora que acreditando que sejamos os piores dos homens, não desejais que morramos. Não há dúvida de que, por conseguinte, estais habituados a compelir o criminoso a negar e a ordenar o homem culpado de sacrilégio a ser torturado se ele persevera em sua confissão. É esse o sistema? Mas, então, não concordais que sejamos criminosos, e nos declarais inocente, e como inocentes que somos, ficais ansiosos para que não perseveremos na confissão que sabeis que vos fará assumir uma condenação por necessidade, não por justiça.

"Sou cristão" - o homem brada. Ele está lhe dizendo o que é. Vós, porém, desejaríeis ouvi-lo dizer que não o é. Assumindo vosso cargo de autoridade para extorquir a verdade, fazeis o máximo para ouvir uma mentira nossa. *"Eu sou o que me perguntais se eu sou"* - ele diz. Por que me torturais como criminoso? Eu confesso e vós me torturais. O que me faríeis se tivesse negado? Certamente a outros vós não daríeis crédito se negassem. Quando nós negamos, vós logo acreditais. Essa perversidade vossa faz suspeitar que há um poder escondido no caso, sob a influência do qual agis contra os hábitos, contra a natureza da justiça pública, até mesmo contra as próprias leis. Pois que - salvo se estou errado - as leis obrigam a que os malfeitores sejam procurados e não que sejam acobertados. A lei foi feita para que as pessoas que praticarem um crime sejam condenadas, e não absolvidas. Os decretos do Senado, as instruções dos vossos superiores expõem isso claramente. O poder do qual sois executores é civil, não uma tirânica dominação. Entre tiranos, de fato, os tormentos são utilizados para serem aplicados como punições; entre vós são mitigados como um

instrumento de interrogatório. Guardai vossa lei como necessária até que seja obtida a confissão. E se a tortura é antecipada pela confissão, não há necessidade dela. A sentença foi passada. O criminoso deve ser entregue ao castigo devido e não libertado.

De acordo com isso, ninguém anseia pela absolvição do culpado, não é certo desejar isso, e assim ninguém nunca deve ser compelido a negar. Bem, julgais um cristão um homem culpado de todos os crimes, um inimigo dos deuses, do Imperador, das leis, da boa moral de qualquer natureza. Contudo vós o obrigais a negar, porque, assim, podeis absolvê-lo, o que sem sua negação não podeis fazê-lo. Vós agis rápido e desmereceis as leis. Quereis que ele negue sua culpa, porque podeis sempre, mesmo contra sua vontade, isentá-lo de censura e livrar-lhe de toda culpa em referência a seu passado. De onde vem essa estranha perversidade da vossa parte? Como não refletis que uma confissão espontânea é mais digna de crédito do que uma negação obrigada? Considerai que, quando compelido a negar, a negação de um homem pode ser feita de má fé, e se absolvido, ele pode, agora e ali, logo que o julgamento termine, rir da vossa hostilidade; e um cristão igualmente.

Vendo, então, que em tudo agis conosco diferentemente de que com outros criminosos, preocupados por um único objetivo - o de obter de nós o nosso nome (na verdade, não nos cabe dizer que os cristãos não existam) - fica perfeitamente claro que não há crime de nenhuma espécie nesse caso, mas simplesmente um nome que um determinado sistema - mesmo indo contra a verdade - persegue com sua inimizade. E age assim principalmente com o objetivo de se assegurar que os homens não venham a ter como certo o que conhecem como certo e de que esse sistema é completamente desconhecedor.

Consequentemente, também, acontece que eles acreditam em coisas sobre nós das quais não têm prova, sobre as quais não estão inclinados a pesquisar, incomodados com as perseguições. Eles gostariam mais de confiar, pois está provado que nada há de fundamentado contra os cristãos. Com esse nome tão hostil àquele poder rival - seus crimes sendo presumidos, não provados - eles poderiam ser condenados

simplesmente por causa de sua própria confissão. Assim, somos levados à tortura se confessamos e somos punidos se perseveramos, mas se negamos somos absolvidos porque toda a hostilidade é contra o nome.

Finalmente, por que ides constar em vossas listas que tal homem é cristão? Por que não também que ele é um criminoso, por que não um culpado de incesto ou de outra coisa vil de que nos acusais? Somente em nosso caso, ficais incomodados ou envergonhados de mencionar os nomes verdadeiros de nossos crimes. Se ser chamado "Cristão" não implica em nenhum crime, esse nome é seguramente muito odiado quando por si só constitui crime.

Capítulo III

Que pensarmos disto: a maioria do povo tão cega bate suas cabeças contra o odiado nome de "Cristão"? Quando dão testemunho de alguém, eles confundem com aversão o nome de quem testemunham. *"Gaio Seius é um bom homem"* - diz alguém... *"só que é cristão"*. E outro: *"Fico atônito como um homem inteligente como Lúcio pode de repente se tornar cristão"*. Ninguém considera necessário apreciar se Gaio é bom ou não, e Lúcio, inteligente ou não. O que conta no caso é se é cristão ou se é cristão embora sendo inteligente e bom. Eles louvam o que conhecem e desprezam aquilo que não conhecem. Baseiam seu conhecimento em sua ignorância embora, por justiça, preferencialmente se deva julgar o que é desconhecido pelo que é conhecido e não o que é conhecido pelo que é desconhecido.

Outros, no caso de pessoas a quem conheceram antes de se tornarem cristãos, que conheciam como mundanas, vis, más, aplicam-lhes a marca da qualidade que verdadeiramente apreciam. Na cegueira de sua aversão, tornam-se grosseiros em seu próprio julgamento favorável: *"Que mulher era ela! Que temerária! Como era alegre! Como ele era jovem! Que descarado! Como era amigo do prazer! - E pena, se tornaram cristãos!"*.

Assim, o nome odiado é usado preferencialmente a uma reforma de caráter. Alguns até trocam seus confortos por este ódio, satisfazendo-se em cometer uma injúria para livrarem sua casa dessa sua mais odiosa inimizade. O marido, agora não mais ciumento, expulsa de sua casa a esposa, agora casta. O pai, que costumava ser tão paciente, deserda o filho, agora obediente. O patrão, outrora tão educado, manda embora o servo, agora fiel. Constitui grave ofensa alguém reformar sua vida por causa do nome detestado. Bondade é de menos valor do que o ódio aos Cristãos.

Bem, então, se tal é a aversão pelo nome, que censura podeis vós aplicar a nomes? Que acusação podeis levantar contra simples designações, a não ser que o nome indique algo bárbaro, algo

desgraçado, algo vil, algo libidinoso. Mas Cristão, tanto quanto indica o nome, é derivado de "ungido". Sim, e mesmo quando é pronunciado de forma errada por vós, "Chrestianus", - por vós que não sabeis precisamente o nome que odiais - ele lembra doçura e benignidade.

Odiais, portanto, gratuitamente, um nome inocente.

Mas o especial motivo de desagrado com a seita é que lembra o nome de seu Fundador. Existe novidade numa seita religiosa que dá a seus seguidores o nome de seu Mestre? Não são os filósofos designados com o nome dos fundadores de seus sistemas: Platônicos, Epicuristas, Pitagóricos? Não são os Estóicos e Acadêmicos assim chamados também por causa dos lugares nos quais se reuniam e permaneciam? Não são os médicos chamados por nome derivado de Erasistrato, os gramáticos, de Aristarco, e também os cozinheiros, de Apício? E, contudo, a exibição do nome, derivado do fundador original, ou qualquer nome designado por ele, não ofende a ninguém. Não há dúvida de que se a seita se comprova maléfica, e, igualmente, mau seu fundador, isso nos leva a considerar maléfico o nome e nos merece aversão o caráter seja da seita, seja do autor. Antes, contudo, de assumir uma aversão ao nome, sois obrigados a julgar a seita pelo que é o autor, ou o autor pelo que é a seita.

Mas, no caso em questão, sem nenhum exame ou conhecimento de ambos, o simples nome se torna objeto de acusação; o simples nome é atacado, e somente uma palavra leva à condenação da seita e de seu autor, conquanto a ambos desconheceis, mas apenas porque eles têm tal e tal nome, não porque foram julgados por algo errado.

Capítulo IV

Assim, tendo feito essas observações como se fossem um prefácio, pelo qual mostro em verdadeiras cores a injustiça do nosso inimigo público, posso agora fundamentar o argumento da nossa inocência. E poderei não somente refutar as coisas de que nos acusam, como também replicar aos nossos acusadores, para que assim todos saibam que os Cristãos estão inocentes desses muitos crimes que os acusadores sabem existirem entre eles mesmos, mas que, em suas acusações contra nós, consideram vergonhosos.

São acusações - eu não saberia dizer - dos piores homens contra os melhores, pois eles mesmos praticam tais crimes; [acusam] contra aqueles que, no caso, apenas seriam seus companheiros de pecado!

Poderemos refutar a acusação dos variados crimes de que nos acusam cometer em segredo, já que os vemos cometendo-os à luz do dia. Como são culpados dos crimes de que somos acusados sem sentido, são merecedores de castigo, caindo no ridículo.

Mas, mesmo que nossa verdade vos refute com sucesso em todos os pontos, vem se interpor a autoridade da lei, como um último recurso, e alegais que suas determinações são absolutamente conclusivas, que devem ser obedecidas, embora de má vontade, e preferidas à verdade.

Assim, nesse assunto das leis, me entenderei primeiramente convosco como sendo elas vossos protetores escolhidos. Em primeiro lugar, quando rigidamente as aplicais em vossas declarações: "*Não é legal a vossa existência*", e, com rigor sem hesitações, ordenais que assim continue, estais demonstrando a dominação violenta e injusta de uma simples tirania, afirmando que algo é ilegal simplesmente porque quereis que seja ilegal e não porque deva ser ilegal. Mas se quereis que seja ilegal porque tal coisa não merece ser legal, sem dúvida não deve ser dada permissão da lei para o que é prejudicial.

Deste modo, de fato, já está definido que o que é benéfico é legítimo. Bem, se eu verificar algo que em vossa lei proíba ser bom porque alguém concluiu assim por opinião prévia, não perdeu seu poder de me proibi-la, embora se tal coisa fosse má poderia me proibi-la?

Se vossa lei incidiu em erro, é de origem humana, julgo. Ela não caiu do céu. Não é admirável que um homem possa errar ao fazer uma lei ou cair em seus sentidos e rejeitá-la? Os Lacedemonios não emendaram as leis do próprio Licurgo, daí causando tal desgosto a seu autor que ele se calou, e se condenou a si próprio à morte por inanição? Não estais, a cada dia, fazendo esforços para iluminar a escuridão da antigüidade, eliminando e aparando com os novos machados das prescrições e editos todos os galhos obsoletos e emaranhados das vossas leis?

Severo, o mais resoluto dos governantes, não acabou somente ontem com as leis do ridículo Pápias, que compeliavam as pessoas a terem filhos antes que as leis de Juliano as permitissem contrair matrimônio e isso embora tivessem a autoridade da idade a seu favor? Houve leis, também, antigamente, legislando que as partes contra as quais havia sido dada uma decisão, podiam ser cortadas aos pedaços por seus credores.

Contudo, por consenso comum, aquela crueldade foi posteriormente retirada dos regimentos, e a pena capital se transformou numa marca de vergonha. Adotando o plano de confiscar os bens dos devedores, obteve-se mais tingindo de rubor suas faces do que fazendo jorrar seu sangue. Quantas leis permanecem escondidas fora das vistas que ainda necessitam ser reformadas! Para isso, nem o número de seus anos, nem a dignidade de seus legisladores é que as recomendam, mas simplesmente se são justas; e, portanto, quando sua injustiça é reconhecida, são merecidamente condenadas.

Até mesmo os governantes as condenam. Então, por que os chamamos injustos? Não apenas! Se eles punem simples nomes, podemos chamá-los de irracionais. Mas, eles punem atos! Por que, em nosso caso, castigam atos somente com fundamento num nome enquanto nos

outros casos exigem que eles sejam provados não apenas por um nome, mas pelo mal feito?

Eu sou praticante de incesto (assim o dizem): por que não fazem uma investigação sobre isso? Eu sou um matador de crianças, por que não aplicam a tortura para obterem de mim a verdade? Eu sou culpado de crimes contra os deuses, contra os Césares. Por que? Ora, eu sou capaz de me defender, por que sou impedido de ser ouvido em minha própria crença?

Nenhuma lei proíbe examinar minuciosamente os crimes que condenam, porque um juiz nunca aplica um castigo adequado se não está bem seguro de que foi cometido um crime, nem obriga um cidadão às justas cominações da lei, se não sabe a natureza do ato pelo qual está sendo punido. Não é suficiente que a lei seja justa, nem que o juiz esteja convencido da sua justiça. Aqueles dos quais se espera obediência deverão estar convencidos disto também.

Não apenas! Uma lei fica sob forte suspeita se não se preocupam que ela mesma seja examinada e aprovada. É realmente uma má lei se, não homologada, tiranizar os homens.

Capítulo V

Para mencionar algumas palavras sobre a origem de tais leis das quais estamos agora falando, cito um antigo decreto que diz que nenhum deus deve ser instituído pelo imperador antes que primeiramente seja aprovado pelo Senado.

Marco Emílio passou por essa experiência com relação a seu deus Alburno. E assim, também, acontece em nosso caso, porque entre vós a divindade é deificada por julgamento dos seres humanos. A não ser que os deuses dêem satisfação aos homens, não lhe é reconhecida a divindade: Deus deve ser propício ao homem.

Tibério, em cujos dias surgiu o nome Cristão no mundo, tendo recebido informações da Palestina sobre os acontecimentos que demonstraram claramente a verdade da divindade de Cristo, levou, adequadamente, o assunto ante o Senado com sua própria decisão a favor de Cristo. O Senado rejeitou sua proposta porque não fora ele mesmo que dera sua aprovação. O imperador manteve sua posição ameaçando com sua ira todos os acusadores dos cristãos.

Consultai vossas histórias. Verificareis que Nero foi o primeiro que atacou com seu poder imperial a seita Cristã, fazendo isso, então, principalmente em Roma. Mas nós nos gloriamos de termos nossa condenação lavrada pela hostilidade de tal celerado porque quem quer que saiba quem ele foi, sabe que nada a não ser uma coisa de especial valor seria objeto da condenação de Nero.

Domiciano, igualmente, um homem do tipo de Nero em crueldade, tentou erguer sua mão em nossa perseguição, mas possuía algum sentimento humano; logo pôs um fim ao que havia começado, chegando a restituir os direitos daqueles que havia banido.

Assim, como foram sempre nossos perseguidores, homens injustos, ímpios, desprezíveis, dos quais vós mesmos nada tendes de bom a dizer, vós tendes por costume revalidar suas sentenças sobre nós, os

perseguidos. Mas entre tantos príncipes daquele tempo até nossos dias, dotados de alguma sabedoria divina e humana, assinalem um único perseguidor do nome Cristão. Bem pelo contrário, nós trazemos ante vós um que foi seu protetor, como podereis ver examinando as cartas de Marco Aurélio, o mais sério dos imperadores, cartas nas quais ele dá seu testemunho daquela seca na Germânia que terminou com as chuvas obtidas pelas preces dos cristãos, as quais permitiu que os germânicos fossem atacados. Como não pôde suspender a ilegalidade dos cristãos por lei pública, contudo, a seu modo, ele a colocou abertamente de lado e até acrescentou uma sentença de condenação, esta da maior severidade, contra os seus acusadores.

Que qualidade de leis são essas que somente os ímpios e injustos, os vis, os sanguinários, os sem sentimentos, os insanos, executam contra nós? Que Trajano por muito tempo tornou nula proibindo procurar os cristãos? Que nem Adriano, embora dedicado no procurar tudo o que fosse estranho e novo, nem Vespasiano, embora fosse o subjogador dos Judeus, nem Pio, nem Vero, jamais as puseram em prática?

Certamente, seria considerado mais natural homens maus serem aniquilados por bons príncipes, na qualidade de seus naturais inimigos, do que o serem aqueles possuidores de espírito assemelhado com o desses últimos.

Capítulo VI

Eu gostaria de ter agora esses protetores inteligentes e defensores das leis e instituições de seus ancestrais, em atenção à sua fidelidade, à honra e à submissão que demonstraram às instituições ancestrais; eles que partiram do nada; eles que em nada se afastaram das antigas normas; eles que nada relegaram do que é mais útil e necessário, como normas de uma vida virtuosa.

O que aconteceu com as leis que reprimiam os caros e ostensivos modos de vida? Que proibiam gastar mais do que cem asses num jantar, e mais do que uma ave para se sentar à mesa por algum tempo, e essa não engordada... Que expulsavam severamente um patricio do Senado, como se conta, porque ambicionava ser demasiado poderoso, porque tinha lucrado 10 libras de prata... Que fechavam os teatros logo que começassem a debochar das maneiras do povo... Que não permitiam que a insígnia de dignidades de oficial ou de nobre nascimento fossem precipitadas ou impunemente usurpadas...

Pois eu vejo os jantares de uma centena de asses se apresentarem agora, não como de uma centena de asses, mas que gastam um milhão de sestércios*. Vejo que minas de prata são feitas em cinzas (isso, aliás, é pouco se fossem apenas os senadores que fizessem tal, e não também os libertos ou também os simples espoliadores).

E vejo, também, que um simples teatro não é o suficiente, nem há teatros descobertos: não há dúvidas que isso é em busca desse imoderado luxo, que poderia até não ser desprezível no inverno, pois que os Lacedemonios inventaram seus capotes de lã para os jogos.

Vejo agora que não há diferença entre as vestes das senhoras e das prostitutas. Com respeito às mulheres, na verdade, aquelas leis de vossos pais, que costumavam ser de encorajamento à modéstia e à sobriedade, caíram também em desuso. Então, uma mulher não sabia o que era possuir, com suas economias, ouro no dedo que não fosse o do

anel nupcial com que seu marido tinha, de forma sagrada, se comprometido.

Então, a abstinência das mulheres quanto ao vinho era levada tão a sério que uma senhora, por abrir o compartimento da adega de vinho, foi condenada à morte por inanição pelos seus amigos. No tempo de Rômulo, Mecênio matou sua esposa simplesmente por testar um vinho, nada sofrendo por conta dessa morte. Com referência a isso, também, era costume das mulheres beijar seus parentes porque eles podiam ser conhecidos por seu hálito.

Onde está a felicidade da vida de casado, sempre tão desejável, que distinguiam nossos antigos costumes e por consequência dos quais por cerca de 600 anos não houve entre nós um único divórcio?

Agora, as mulheres têm cada membro do corpo carregado com ouro, beber vinho é tão comum entre elas que nunca dão o beijo espontaneamente, e para forçar o divórcio, elas sonham com ele como se fosse a consequência natural do casamento.

As leis de vossos antepassados em sua sabedoria regulavam a respeito dos próprios deuses, as quais, vós, seus descendentes, revogaram.

Os cônsules, por autoridade do Senado, baniram o Pai Baco e seus cultos, não simplesmente da cidade, mas de toda Itália. Os cônsules Piso e Gabínio, decerto não cristãos, impediram os deuses Serápis, Ísis e Arpocrates, com seu amigo cabeça de cão, de serem admitidos no Capitólio, cassando-os de imediato da assembléia dos deuses, destruindo seus altares, expulsando-os do país, ansiosos de evitarem que se espalhassem os vícios em que se baseavam, bem como sua religião lasciva. A esses vós restaurastes e lhes conferistes as mais elevadas honras.

O que aconteceu com vossa religião, que venerava os vossos ancestrais? Em vossas vestes, em vossos alimentos, em vosso estilo de

vida, em vossas opiniões, e, por último, em vossos ensinamentos, renunciastes aos vossos progenitores!

Estais sempre louvando os tempos antigos e, contudo, a cada dia aceitais novidades em vosso modo de vida. Falhastes em manter o que devíeis, fazeis isso claramente, porque enquanto abandonastes os bons costumes de vossos pais, retendes e guardais aquilo que não devíeis.

Ainda que pareçais defender tão fielmente a tradição verdadeira, na qual encontrais a principal razão de acusação contra os Cristãos - quero dizer, o zelo na adoração aos deuses, ponto principal no qual os antigos incidiram em erro, embora tendes reconstruído os altares de Serápis, agora uma divindade romana, e a de Baco, agora tornado um deus da Itália, a quem oferecis vossas orgias - demonstrarei na ocasião adequada, contudo, que desprezais, negligenciais e destruíis a autoridade dos antigos, pondo-a inteiramente de lado.

Vou, por enquanto, responder àquela infame acusação de crimes secretos, trazendo as coisas à luz do dia.

*1 sestércio = 2,5 asses.

Capítulo VII

Monstros de maldade, somos acusados de realizar um rito sagrado no qual imolamos uma criancinha e então a comemos, e no qual, após o banquete, praticamos incesto, e os cães, nossos alcoviteiros, pois não, apagam as luzes para na imoralidade da escuridão nos entregarmos a nossas ímpias luxurias!

Isto é o que constantemente usais para nos perseguir, embora não tenhais tido o cuidado de elucidar a veracidade de tais coisas de que somos acusados há tanto tempo. Tragam, então, esse assunto à luz do dia, se acreditais nisso, ou não lhes deis crédito, se nunca investigastes a respeito. Com base nesse dissimulado jogo, somos levados a vos esclarecer que não é verdade um fato que não ousais investigar.

Determinais aos executores, no caso dos Cristãos, um processo bem diferente de investigação: não lhes cabe fazer-nos confessar o que praticamos, mas fazer-nos negar o que somos.

Datamos a origem de nossa religião, como antes já mencionamos, do tempo do reino de Tibério. A verdade e a aversão à verdade vieram ao mundo juntas. Assim que a verdade apareceu, foi olhada como inimiga. Nesse processo há tantos loucos quantos desconhecedores dele: os Judeus, como se deve pensar, levados por um espírito de rivalidade; os soldados, levados pelo desejo de extorquir dinheiro; nossos domésticos, levados por sua natureza. Somos diariamente atacados por ensandecidos, diariamente traídos, somos muitas vezes surpreendidos em nossas assembléias ou cultos.

Quem encontrou algo por pequeno que seja sobre uma criança chorando, de acordo com o boato popular? Quem procurou o juiz porque encontrou, de fato, as ensangüentadas fauces dos Ciclopes e das Sereias? Quem achou quaisquer traços de impureza em nossas viúvas? Onde está o homem que quando encontrou tais atrocidades as

ocultou? Ou será que no ato de levar os culpados à presença do juiz foi subornado para não proceder a acusação?

Se sempre mantemos nossos segredos, quando se tornaram conhecidos do público nossos atos? Então, por quem poderiam ter sido desvendados? De certo não pelos próprios acusados, mesmo porque há o conceito de fidelidade ao silêncio que é sempre própria dos mistérios. Por acaso, os Samotrácios e os Eleusínios não escondem o quanto procuram manter silêncio a respeito do que verdadeiramente são, em seus segredos, promovendo castigos humanos oportunos e ameaçando com a futura ira divina?

Se, então, os Cristãos não são eles próprios os denunciadores de seus crimes, conclui-se que são os estranhos. E como têm conhecimento deles, quando é também um costume universal nas iniciações religiosas manter os profanos à distância e se precaver de testemunhas? A menos que aconteça que esses que são tão perversos tenham menos medo do que seus vizinhos!

Todo mundo sabe que coisa é o boato. Diz um de vossos provérbios: *"Dentre todos os males nada voa mais depressa do que o boato"*. É porque ele dá informações? Ou é porque ele é tremendamente mentiroso? Não é uma coisa que nem mesmo quando diz alguma verdade, apresenta uma mancha de falsidade, seja detratando, seja aumentando, seja mudando o fato em si? E não faz parte de sua natureza sobreviver somente enquanto mente, e viver somente enquanto não há provas? Pois que quando se tem a prova, ele deixa de existir.

Tendo feito seu trabalho de simplesmente espalhar uma notícia, ele conta algo que daí em diante passa a ser um fato e a ser chamado um fato. Então, já ninguém diz, por exemplo: *"Dizem que aconteceu em Roma"*, ou *"Há um boato de que ele ganhou uma província"*, mas *"Ele ganhou uma província"*, e *"Aconteceu em Roma"*. Boato é a verdadeira designação da incerteza, não sobrevive quando o fato é comprovado.

Ninguém exceto um louco confia nele, não é? Um homem prudente nunca acredita naquilo que é duvidoso.

Todo mundo sabe como ele se espalha com afinco, como sobrevive com uma afirmação sem limites, como é apenas uma vez ou outra que mostra sua origem. Por isso, necessita se infiltrar através das línguas e ouvidos. Uma pequena semente obscurece toda a história, de modo que ninguém pode determinar se os lábios dos quais se originou, plantou a semente da falsidade, como muitas vezes acontece, por um espírito de oposição ou por um julgamento suspeito ou por um julgamento confirmado ou, como em alguns casos, por um inato prazer em mentir.

É certo que o tempo traz tudo à luz, como vossos provérbios e ditos testemunham, por um procedimento da natureza da verdade que desvela as coisas de tal modo que nada fica escondido por muito tempo, mesmo embora o boato não o faça.

É justamente, então, o que deve acontecer, com essa fama tão duradoura que denuncia os crimes dos cristãos.

Esse boato é a testemunha que trazeis contra nós - boato que nunca foi capaz de provar a acusação que vez ou outra se espalha e, ultimamente, por simples repetição se fez opinião firmada no mundo.

Assim, confiantemente apelo àquela natureza da verdade, sempre reveladora, contra os que infundadamente levantam tais acusações.

Capítulo VIII

Atentai agora! Apresentamo-vos a recompensa por essas monstruosidades: os Cristãos prometem a vida eterna. Asseguram-na assim também como é de vossa própria convicção.

Pergunto-vos: se assim crêem, não julgais que se farão dignos de obtê-la mantendo uma consciência igual a que pretendes ter? Vamos, enfiai vossa faca numa criança que não faz mal a ninguém, toda inocência, amada por todos. Ou se isso é feito por outro, simplesmente assisti de vosso lugar a um ser humano morrendo antes de ter realmente vivido, esperai a partida da última alma, recebei o sangue fresco, molhai com ele vosso pão, participai disso livremente. Enquanto vos reclinais à mesa, vede os lugares que vossa mãe e vossa irmã ocupam. Guardai-os bem, de modo que quando o cão trazer a escuridão para vos envolver, não possais cometer erro, porque sereis culpados de crime se não cometerdes uma ação de incesto.

Iniciados e marcados em semelhantes barbaridades, tendes a vida eterna! Dizei-me, imploro-vos, é a eternidade digna disso? Se não é, então tais coisas não devem merecer crédito.

Mesmo se acreditastes, nego essa vossa vontade. E mesmo se tivestes a vontade, nego a possibilidade. Por que, então, outros poderiam fazê-lo? Por que não podeis se outros podem? Suponho, então, que somos de uma natureza diferente. Somos Cães ou Monstros? Sois homens tanto quanto os cristãos; se não podeis fazê-lo, não podeis acreditar que outros o possam, porque os cristãos são humanos tanto quanto vós.

Mas os que desconhecem essas coisas certamente estão decepcionados e se prevalecem disso. Estão perfeitamente inscientes de que algo dessa natureza é imputado aos cristãos ou, certamente, se informaram por si próprios e desvendaram o assunto.

Mas, em vez disso, é costume das pessoas que desejam iniciação a ritos sagrados, penso eu, ir antes de tudo ao Líder deles para que lhes possa explicar os preparativos que devem ser feitos. Então, nesse caso, não há dúvidas que este diria: deveis levar uma criança ainda de tenra idade, que não saiba o que é morrer, e possa sorrir sob vossa faca; também, pão para aparar o sangue que correrá. Além disso, candelabros, lâmpadas, e cães, com iscas para atraí-los ao apagar das luzes. E, antes de tudo, deveis levar vossa mãe e vossa irmã convosco. Mas o que fazer se a mãe e a irmã não quiserem ir? Ou se não tiver nem uma nem outra? O que fazer se houver cristãos sem parentes cristãos? Não será tido, suponho, por um verdadeiro seguidor de Cristo, quem não tiver um irmão ou um filho.

E o que acontecerá, se essas coisas todas estiverem dispostas como dito, sem o conhecimento deles? No máximo, depois que eles os virem, se afastam e os perdoam.

Temem - é de se concluir - que pagarão por isso se divulgarem o segredo? De modo algum, antes irão, em tal caso, pedir proteção. Preferirão mesmo - pode-se entender - morrer por suas próprias mãos a viver sob o fardo de tão terrível conhecimento. Admitamos que eles terão medo. Contudo por que eles iriam continuar com a coisa?

Pois é bastante claro que vós não desejaríeis continuar sendo o que nunca quisestes ser, se tivésseis tido prévio conhecimento do assunto.

Capítulo IX

Eis como posso refutar tais acusações: mostrar-vos-ei práticas que vigoram entre vós, em parte abertamente, em parte secretamente, que vos levaram, talvez, a nos acusar de coisas semelhantes.

Os meninos eram sacrificados abertamente na África a Saturno até o proconsulado de Tibério, que expôs à vista do público os seus sacerdotes crucificados nas árvores sagradas, que lançavam sombras sobre seus templos - tantas eram as cruzes nas quais a justiça exigida aplicou o castigo por seus crimes, como os nossos soldados podem ainda testemunhar, tendo sido, de fato, esta uma obra daquele Procônsul. Até presentemente aquele criminoso culto continua a ser feito, secretamente.

Não seriam somente os Cristãos, estais vendo, que vos menosprezariam, porque com isso tudo o que fazeis nenhum crime foi inteiramente e permanentemente erradicado, nem nenhum de vossos deuses reformou seus costumes. Se Saturno não poupou seus próprios filhos, ele também não poupou os filhos dos outros, e os pais desses, na verdade, tinham, eles mesmos, o hábito de fazer tal oferenda, atendendo contentes ao pedido que lhes era feito, mantendo as crianças satisfeitas na ocasião, para que não morressem aos choros.

Destacamos também que há uma grande diferença entre homicídio e parricídio. Mas homens idosos eram sacrificados a Mercúrio, nas Gálias. Tenho em mãos as lendas táuricas feitas para vossos próprios teatros. Por que, mesmo nesta profundamente religiosa cidade de piedosos descendentes de Enéias, há um certo Júpiter que em vossos jogos é banhado com sangue humano? É o sangue de um lutador feroz, dizeis. Por isso, o sangue de um homem se torna irrelevante? Ou não é mais infame o sangue porque corre das veias de um homem mau? De qualquer modo, é sangue derramado até a morte. Ó Júpiter, vós soi um Cristão, e de fato, por vossa crueldade, digno filho de vosso pai!

Mas com respeito à morte de uma criança, como se não interessasse se fosse cometido para um sagrado culto, ou simplesmente por um impulso próprio (embora haja uma grande diferença, como dissemos, entre parricídio e homicídio), me voltarei para o povo em geral. A quantos - pensai nisso - desses aglomerados de pessoas investindo em busca de sangue Cristão, a quantos, mesmo, de vossos governantes, notáveis por sua justiça para convosco e por suas severas medidas para conosco, posso acusar perante sua consciência do pecado de condenar sua descendência à morte?

Se há alguma diferença no tipo de assassinato, a forma mais cruel é certamente matar por afogamento ou exposição ao frio, à fome e aos cães. Uma costume mais civilizado tem sempre preferido a morte pela espada.

Em nosso caso, para os cristãos, a morte foi de uma vez por todas proibida. Não podemos nem mesmo destruir o feto no útero, porque, mesmo então, o ser humano retira sangue de outras partes de seu corpo para sua subsistência. Impedir um nascimento é simplesmente uma forma mais rápida de matar um homem, não importando se mata a vida de quem já nasceu, ou põe fim a de quem está para nascer. Esse é um homem que está se formando, pois tendes o fruto já em sua semente.

Com relação a alimentos de sangue e de outros tão macabros pratos - Eu não estou seguro onde li isto, em Heródoto, penso - o sangue tirado dos braços e bebido por ambas as partes, constituía um aval ao tratado entre algumas nações. Não estou certo se foi assim bebido no tempo de Catilina. Dizem, também, que entre algumas tribos citas os amigos são comidos por seus amigos. Mas estou indo longe demais de casa.

Atualmente, mesmo entre vós, o sangue consagrado a Bellona, sangue retirado da coxa perfurada e então partilhada, sela a iniciação aos ritos daquela divindade. Que dizer daqueles, também, que nos espetáculos dos gladiadores, para a cura da epilepsia, bebem com gananciosa sede o sangue dos criminosos mortos na arena, assim que corre fresco de seus

ferimentos, apressando-se para chegarem aos que lhes pertencem? E daqueles, também, que fazem alimentos no sangue de feras selvagens no lugar dos combates - que têm agudo apetite por ursos e veados? Na luta, esse urso foi molhado com o sangue do homem dilacerado por ele; aquele veado rolou no sangue do gladiador ferido pelas suas chifradas. As entranhas das próprias feras, embora misturadas com indigestas vísceras humanas, são muito procuradas. E de vossos homens disputando carne nutrida por carne humana?

Se vós partilhais de alimentos como esses, em que vossos repastos diferem daqueles de que acusais a nós, cristãos? Aqueles que, com luxúria selvagem, disputam corpos humanos, cometem menor mal porque devoram os vivos? Estão menos contaminados do sangue humano porque degustam aquilo que está para se tornar sangue? Eles se alimentam, isto é evidente, não tanto de crianças, como de adultos.

Ruborizai-vos por vossos vis costumes perante os cristãos, que não têm sequer o sangue de animais entre seus alimentos, alimentos que são simples e naturais, que se abstêm de animais estrangulados ou que morrem de morte natural. E isso pela única razão de que eles não querem se contaminar, nem mesmo de sangue contido nas vísceras.

Para encerrar o assunto com um simples exemplo, vós tentais os cristãos com lingüiças de sangue, exatamente porque estais perfeitamente cientes de que assim tentais fazê-los transgredir o hábito que eles consideram ilegal. E como é irracional acreditar que aqueles sobre os quais bem sabeis que olham com horror a idéia de beber o sangue de bois, estejam ansiosos por sangue de homens. Isso a não ser que vós tenhais saboreado o sangue humano e o achastes mais gostoso!

Sim, realmente, eis aqui um teste que podereis aplicar para descobrir os cristãos, bem como a panela e o censor. Eles poderiam ser testados pelo seu apetite por sangue humano, tanto quanto por sua recusa de oferecer sacrifícios. E assim como poder-se-ia afirmar serem cristãos por sua recusa de beber sangue e sua recusa de oferecer sacrifícios, não

haveria necessidade de sangue de homens, tão solicitado como é nas torturas e na condenação dos prisioneiros cristãos.

Ora, quem se entrega mais ao crime de incesto do que aqueles que seguem as instruções do próprio Júpiter? Césio nos diz que os persas mantêm relação carnal ilícita com suas mães. Os macedônios, igualmente, são suspeitos do mesmo; porque ouvindo pela primeira vez a tragédia de Édipo, eles coroaram com mirto o incesto, com exclamações em sua língua.

Ainda atualmente, reflitam quantas oportunidades existem para erros que vos levem a uniões incestuosas - vosso promíscuo relaxamento fornece essas oportunidades. Antes de tudo, abandonais vossas crianças que podem ser levadas por qualquer transeunte compadecido, para os quais elas são totalmente desconhecidas; ou as entregais para serem adotados por aqueles que podem cumprir melhor para elas o papel de pais. Bem, com algum tempo toda a memória do parentesco alienado pode ser esquecida; e quando se faz um erro, a transmissão do incesto poderá até ocorrer - o parentesco e o crime caminhando juntos. Pois, mais tarde, onde estejais, em casa ou fora, nos mares - vossa luxúria está à vossa disposição, com indulgência geral, ou mesmo com uma menor indulgência, e podeis facilmente, e não propositadamente, procriar em algum lugar uma criança, de modo que dessa maneira um parente lançado na corrente da vida poderá vir a ter relação carnal com aqueles que são de sua própria carne, sem ter noção que está ocorrendo incesto no caso.

Uma castidade perseverante e firme nos tem protegido de algo assim, pois, resguardando-nos, como fazemos, de adultérios e todas as infidelidades após o matrimônio, não estamos expostos a infortúnios incestuosos. Alguns de nós - tornando o assunto ainda mais seguro - nos abstermos inteiramente do pecado sensual, pela continência virginal; mesmos meninos nossos tomam tal decisão quando ficam adultos. Se tiverdes notícia de que tais pecados que mencionei existem entre vós, examinem e vejam que eles não existem entre os cristãos.

Os mesmos olhos poderão constatar ambos os fatos. Mas as duas cegueiras caminham juntas. Aqueles que não vêem o que acontece, pensam que vêem o que não acontece. Demonstrarei como ocorre assim em qualquer assunto. Mas, por enquanto deixai-me falar de assuntos que são mais importantes.

Capítulo X

Vós nos acusais: "Não adorais os deuses e não oferecis sacrifícios aos imperadores".

Sim, não oferecemos sacrifícios a outros pela mesma razão pela qual não os oferecemos a nós mesmos, ou seja, porque vossos deuses não são, de modo algum, referenciais para nossa adoração. Por isso, somos acusados de sacrilégio e de traição. Esse é o principal fundamento de vossa perseguição contra nós. Sim, é toda a razão de nossa ofensa. É digna, então, de exame a respeito, se não forem nossos juizes a prevenção e a injustiça, pois a prevenção não leva a sério descobrir a verdade, e a injustiça a rejeita simples e totalmente.

Não adoramos vossos deuses porque sabemos que não existem tais divindades. Eis o que, portanto, deveríeis fazer: deveríeis nos intimar a demonstrar a inexistência delas, e, então, provar que elas não merecem adoração, pois somente se vossas divindades fossem comprovadamente verdadeiros deuses, haveria toda obrigação de lhes serem rendidas homenagens divinas.

Punição, igualmente, mereceriam os cristãos, se ficasse evidente que aqueles aos quais recusam adoração são verdadeiramente divinos. Vos dizeis: são deuses. Nós negamos e apelamos para vosso próprio entendimento a respeito. Que ele nos julgue, que ele nos condene, se é incapaz de negar que todas essas vossas divindades não passam de pessoas humanas.

Se vosso entendimento se atreve a negar isso, será refutado por vossos próprios livros de histórias primitivas, pelos quais tomou ciência delas, pois esses livros se constituem incontestáveis testemunhas até nossos dias, seja das cidades onde elas nasceram, seja das regiões nas quais elas deixaram marcas de suas andanças, bem como, comprovadamente elas foram enterradas.

Examinarei agora, um por um, a esses vossos deuses tão numerosos e tão diferentes, novos e antigos, gregos, romanos, estrangeiros, de escravos e de adotados, privados e públicos, machos e fêmeas, rurais e urbanos, marítimos e militares? Não. É inútil até pesquisar todos os seus nomes, de modo que me contento com um resumo, e isso não para vossa informação, mas para que tenhais em mente o que colocastes em vossa coleção, porque indubitavelmente agis como se tivésseis esquecido tudo sobre eles.

Nenhum de vossos deuses é mais antigo do que Saturno. Dele fizestes provir todas as vossas divindades, mesmo aquelas de maior dignidade e mais conhecidas. O que, então, puder ser provado sobre o primeiro, poderá ser aplicado àqueles que dele provieram.

De tempos tão primitivos quanto nos informam os livros, nem o grego Diodoro ou Thallo, nem Cássio Severo nem Cornélio Nepos, bem como nenhum outro escritor que escreveu sobre as coisas sagradas primitivas, se aventurou a dizer que Saturno era alguém mais senão um homem. Tanto quanto esse assunto depende dos fatos, nada mais encontro digno de fé do que isso: sabemos o local no qual Saturno se estabeleceu na própria Itália, após muitas expedições e após compartilhar da hospitalidade da Ática, obtendo cordiais boas vindas de Jano ou Janis como os Sálcos o chamavam. A montanha na qual ele morou foi chamada Satúrnio. A cidade que ele fundou foi denominada Satúrnica até aos nossos dias. Por fim, toda a Itália, após ter surgido com o nome de Enótria, foi chamada Satúrnica por causa dele. Foi ele que por primeiro vos ensinou a arte de escrever e de cunhar moedas. Daí, aconteceu que ele passou a governar o Tesouro Público.

Mas, se Saturno foi um homem, teve, sem dúvida, uma origem humana e tendo uma origem humana não foi rebento nascido do céu e da terra. Como seus pais eram desconhecidos, não era incomum que tenha se chamado filho desses elementos dos quais nós todos parecemos nos originar.

Quem não fala do céu e da terra como de um pai e de uma mãe numa forma de veneração e homenagem? Não há até o costume, ainda existente entre nós, de dizer que alguém que nos é estranho ou que surgiu inesperadamente em nosso meio caiu dos céus? Do mesmo modo, aconteceu com Saturno, onde apareceu como um hóspede repentino e inesperado - porque o hóspede recebe em todo o lugar a designação de nascido do céu. Mesmo a tradição popular chama de filhos da terra as pessoas de parentesco desconhecido.

Eu não sei quantos homens naqueles tempos primitivos eram levados a assim procederem quando admirados pela visão de alguém estranho que surgia em seu meio, considerando-o divino, já que naquelas eras distantes até homens de cultura transformavam em deuses pessoas que eles sabiam terem morrido como homens, um dia ou dois antes, movidos pela tristeza geral que lhes acometia.

Que essas observações de Saturno, tão concisas como são, sejam suficientes. Assim, também, pode-se provar que Júpiter era certamente homem, já que nascido de homem, e que uma após outra, todas essas divindades eram mortais como o primitivo rebento.

Capítulo XI

Já que não ousais negar que essas vossas divindades foram homens e deveis aceitar que foram elevadas à divindade após sua morte, examinemos no que isso implica.

Antes de tudo deveis confirmar a existência de um Deus Altíssimo - alguém possuidor da divindade - que concedeu a tais homens a divindade. Pois que eles não poderiam assumir uma divindade que não lhes pertencesse e somente um Deus que a possuísse poderia conferi-la a alguém. Se não houvesse Alguém para criar divindades, seria inútil, também, sonhar em divindades criadas pois não existiria o seu Criador.

Certamente, se elas pudessem se tornar divindades por si mesmas, com uma divindade superior governando-as, elas nunca teriam se tornado homens.

Se, então, há Alguém que é capaz de criar divindades, eu volto a examinar qual razão que a levaria a criá-las. Não encontro outra razão senão de que o Deus Supremo precisava de administradores e ajudantes para exercer os ofícios de Deus. Mas, primeiramente, é uma idéia indigna pensar que Ele precisasse de ajuda de um homem, e, ainda, de um homem morto. Se Ele tivesse necessidade de assistência, poderia mais apropriadamente ter criado uma divindade desde seu nascimento. Depois, nem sequer vejo algum motivo para tal.

Pois todo esse universo, se existente por si mesmo e incriado, como afirma Pitágoras, ou criado por forças de um Criador, como afirmou Platão, foi, incontestavelmente, já, em sua organização original, programado, dotado, ordenado e governado com uma sabedoria perfeita. Não poderia ser imperfeito Alguém que tudo fez perfeito.

Ninguém estaria esperando por Saturno e sua raça para assim fazê-lo. Os homens ficam loucos quando se recusam a acreditar que o primeiríssimo impulso nasceu do céu, e, então, as estrelas piscaram, a luz brilhou, os trovões rugiram, e o próprio Júpiter temeu os

relâmpagos que pudessem em suas mãos. O mesmo aconteceu com Baco, Ceres e Minerva, e não somente com o primeiro homem, quem quer que tenha sido, ante os quais toda espécie de frutos brotaram abundantemente do interior da terra, providenciados tão somente para prover e sustentar o homem que depois disso pôde existir.

Em consonância, dizem que essas necessidades da vida foram descobertas, não criadas. As coisas que alguém descobre, já antes existem, e o que tem uma preexistência não deve ser visto como pertencente àquele que o descobriu mas àquele que o criou, porque certamente esse Ser existia antes daquilo que poderia ser descoberto.

Se Baco foi elevado à divindade porque foi o descobridor do vinho, entretanto Lúculo que primeiro introduziu a cerejeira do Ponto na Itália não o foi porque, como descobridor de uma nova fruta, não se arrogou o mérito de ter sido seu criador nem de se galardoar com honras divinas.

Portanto, se o universo existiu desde o início provido de seu sistema, agindo sob determinadas leis para a execução de suas funções, não há nenhuma razão para constituir a humanidade em divindade, porque as situações e poderes que atribuísteis a vossas divindades existiram desde o começo, exatamente como deveriam ser, embora não as tenhais nunca deificado.

Mas apontais outra razão, dizendo-nos que a atribuição de divindade foi um meio dignificá-las. E daí sois concordes, concluo, de que o Deus que é Deus é de transcendente retidão - Alguém que não quer nem insensata, nem inadequada, nem desnecessariamente outorgar uma recompensa tão grande.

Pediria que, então, considerásseis se as atitudes de vossas divindades são de tal qualidade que as elevassem aos céus e não antes as submergissem no mais profundo do Tártaro - o lugar que considerais, como a maioria, como um cárcere de punições eternas. Ora, pois que nesse lugar temível são dignos de ser lançados todos aqueles que

pecam contra a piedade filial, assim como os culpados de incesto com irmãs e sedutores de viúvas, os raptos de virgens e corruptores de menores, os homens de temperamentos furiosos, os assassinos, os ladrões, os enganadores, todos, em resumo, que seguem os exemplos de vossas divindades.

Não, porém, alguém que pode provar estar inocente de crimes e vícios, a não ser o de afirmar que essas divindades foram sempre humanas. Além de não poderdes negar isso, tendes, também, em seus desalmados crimes mais uma razão para não acreditardes que tenham sido elevados à divindade após sua morte. Porque se legislais com verdadeiro propósito de punir tais crimes, se cada homem virtuoso dentre vós se nega a ter qualquer correspondência, conversa, intimidade com os culpados e vis, como, diferentemente, o Deus Altíssimo os tomaria seus pares para compartilhar de sua Majestade? Em que posição ficaria se fosse companheiro daqueles aos quais adorais?

Vossas deificações é uma afronta aos céus. Deificais vossos mais vis criminosos quando quereis agradar vossos deuses. Vós os honrais concedendo honras divinas a seus companheiros.

Mas para não mais falar de uma maneira de agir tão indigna, há homens virtuosos, puros e bons. Contudo, quantos desses homens nobres não relegastes às regiões da condenação? Como fizestes a Sócrates, tão renomado por sua sabedoria; Aristides, por sua justiça; Temístocles, por sua boa sorte; Creso por sua riqueza; Demóstemes por sua eloquência. Qual dos vossos deuses é mais notável por sua seriedade e sabedoria do que Catão; mais justo e combatente do que Cipião? Qual deles mais magnânimo do que Pompeu; mais próspero do que Silas; de maior riqueza do que Creso, mais eloqüente do que Túlio?

Quão mais digno seria para o Deus Supremo esperar que Ele pudesse tomar tais homens para serem seus pares celestes, sabedor como Ele deve ser de suas mais dignas qualidades! Ele está em vexame, suponho,

e fechou os portões celestes. Agora, certamente sente vergonha por cauda dessas sumidades que estariam a murmurar, nas regiões infernais, contra sua escolha.

Capítulo XII

Mas, deixo de lado essas observações, porque sei e vou mostrar o que vossas divindades não são, mostrando o que realmente são. Com referência, então, a eles, examinarei somente nomes de homens falecidos dos tempos antigos. Ouvi histórias fabulosas. Reconheci ritos sagrados cercados por simples mitos. Relacionando-os às imagens atuais, vejo-os como simples peças materiais assemelhadas aos vasos e utensílios de uso comum entre vós, ou mesmo consagrados por uma malfadada troca com aqueles úteis objetos nas mãos de descuidada arte, que no processo de transformação os tratou com absoluto desprezo, se não, com verdadeiro ato de sacrilégio.

Dessa forma não poderíamos ter o menor conforto em todos os nossos castigos, padecendo como padecemos por causa desses mesmos deuses, porque em sua formação sofreram como nós sofreremos. Ponde os cristãos em cruzes e estacas: Que estátua não é primeiro formada de barro e depois plasmada numa cruz ou numa estaca? O corpo de vosso deus é primeiro consagrado num estrado. Dilacerais os corpos dos cristãos com vossas garras, mas no caso de vossos próprios deuses, machados, plainas e limas são utilizadas mais vigorosamente em cada membro de seus corpos. Colocamos nossas cabeças sobre o cepo. No entanto, o prumo, a cola e os pregos são utilizados em vossas divindades que de início não têm cabeça. Somos lançados às feras selvagens, enquanto as pondeis juntas a Baco, Cibele e Celeste. Somos queimados no fogo; assim também eles, em seu original material. Somos condenados às minas; delas provieram vossos deuses. Somos banidos para as ilhas; é comum a vossos deuses nelas nascerem ou morrerem.

Se este é o meio pelo qual se faz uma divindade, segue-se que são punidas enquanto são deificadas e serão torturadas para serem declaradas divindades. Mas é evidente que esses objetos de vossa adoração não sentem as injúrias e as desgraças antes de sua consagração, como também não tomam consciência das honras que lhes são prestadas.

Ó palavras ímpias! Ó acusações blasfemas! É de ranger os dentes contra nós - espumem com louca raiva contra nós - somos as pessoas, sem dúvida, que censuraram um certo Sêneca que falou de vossas superstições longamente e muito mais agudamente! Numa palavra: se recusamos nossa homenagem a estátuas e imagens frígidas, de fato uma reprodução de seus originais falecidos, com os quais convivem falcões, ratos e aranhas, não merece isso louvor em vez de castigo? Que rejeitemos isso que acabamos de examinar é erro? Não fazemos certamente injúrias àqueles que estamos certos de serem nulidades. O que não existe está em sua inexistência livre do sofrimento.

Capítulo XIII

"Mas eles são nossos deuses", dizeis. Como pode ser isso, pois com absoluta inconsistência, estais cientes de vossa ímpia, sacrílega e irreligiosa conduta para com eles; menosprezais aqueles que imaginais que existam, destruindo aqueles que são objetos de vosso medo, fazendo pouco caso daqueles cuja honra quereis vingar?

Vede se agora estou mentindo. Em primeiro lugar, certamente, constatando que apenas adorais um ou outro deus, certamente ofendeis àqueles que não adorais. Não podeis dar preferência a um sem desprezar o outro, pois a seleção de um implica na rejeição do outro. Desprezais, portanto, aqueles que rejeitais, porque na vossa rejeição a eles se evidencia que não temeis em ofendê-los.

Como já demonstramos, toda divindade vossa depende da decisão do Senado quanto à sua deificação. Ninguém seria deus a não ser que o homem em seu próprio arbítrio não o tivesse desejado; assim, igualmente, rejeitado. Às divindades da família que chamais "Lares" concedeis uma autoridade doméstica, orando a elas, vendendo-as, trocando-as, fazendo às vezes fogo com Saturno, alimentando um braseiro com Minerva, se acontece que um ou outro esteja estragado ou quebrado por seu longo uso sagrado, ou se o chefe da família está premido por alguma necessidade familiar mais sagrada.

Assim, também, por lei pública, levais à desgraça vossos deuses oficializados, colocando-os no catálogo de leilão, tornando-os fontes de renda. Os homens sobem ao Capitólio, como vão ao mercado popular levados pela voz do pregoeiro, fazendo o lance do leilão, com o registro do questor. A divindade é leiloada e arrematada pela mais alta oferta. Mas, certamente, só terras oneradas com impostos são de menor valor, só homens sujeitos à avaliação de impostos são menos nobres, porque bens assim indicam estado de servidão.

No caso das divindades, por outro lado, a santidade é grande em proporção aos tributos que sobre elas são cobrados. Quanto mais

sagrada a divindade, maior a taxa que paga. A majestade se torna uma fonte de ganho. A Religião procede como os pedintes de tavernas. Cobrais preço pelo privilégio de ficar num templo, por acesso aos cultos sagrados, não se recebe conselhos gratuitos de vossas divindades - necessitais comprar seus favores.

Que honras lhes concedeis que não concedais aos mortos? Possuís templos tanto para uns como para outros, construí altares tanto para uns como para outros. Suas estátuas são vestidas da mesma maneira, com as mesmas insígnias. Assim como os falecidos tinham sua idade, sua arte, suas ocupações, assim as tinham vossas divindades. Em que a festa de funeral difere da festa de Júpiter? O símbolo das divindades daquele dos manes? Ou o empreiteiro do funeral do vaticinador, se, realmente, o último também trata de mortos?

Com perfeita propriedade dais honras divinas a vossos imperadores quando morrem, já que os adorais em vida. Os deuses ficam em dívida convosco, pois é causa de grande regozijo entre eles que seus mestres sejam constituídos em seus pares.

Capítulo XIV

Desejaria rever agora vossos ritos sagrados. Deixo passar sem censuras o fato de em vossos sacrifícios ofertardes coisas estragadas, imprestáveis, podres, quando separais a gordura, as partes sem uso, tais como a cabeça e os cascos, que em vossas casas destinais aos escravos ou aos cães; quando do dízimo de Hércules não colocais sequer um terço sobre o altar.

Sou levado mais a louvar vossa sabedoria em aproveitá-las para não as jogar fora. Mas, voltando a vossos livros dos quais tirais vossos ensinamentos de sabedoria e os nobres deveres da vida, que coisas ridículas ali encontro: que os deuses troianos e gregos brigaram entre eles como gladiadores, que Vênus foi ferida por um homem porque ela queria resgatar seu filho Êneas, quando estava ameaçado de perigo de vida pelo próprio Diomedes; que Marte definhou preso por treze meses; que Júpiter foi salvo pela ajuda de um monstro de padecer a mesma violência nas mãos de outros deuses; que ele agora lamenta o destino de Sarpédon, ora cortejando loucamente sua própria irmã, lhe falando sobre antigas amantes, não tão amadas como ela.

Depois disso, que poeta não imita o exemplo de seu Mestre? Um entrega Apolo ao rei Admeto para cuidar de suas ovelhas; um outro aluga o trabalho de construtor de Netuno a Laomedonte. Um conhecido poeta lírico, também, Píndaro, aliás, canta sobre Esculápio mercidamente ferido com um raio por prática incorreta de sua arte, por ambição. Uma má ação foi essa de Júpiter: se arremessou um raio desnaturado contra seu avô, demonstrando sentimento de inveja contra o médico. Coisas semelhantes não deveriam ser tornadas públicas, se verdadeiras; e, se falsas, não deviam ser levadas ao povo, que professa um grande respeito pela religião. Nem também, certamente, os escritores, trágicos ou cômicos, deveriam denunciar os deuses como origem de todas as calamidades e pecados das famílias.

Não examinarei os filósofos, contentando-me com uma referência a Sócrates que, por desprezo aos deuses, tinha o hábito de jurar por um

carvalho, por uma cabra ou por um cão. De fato, exatamente por isso, Sócrates foi condenado à morte, pois subestimava a adoração aos deuses. Num tempo ou noutro, ou seja, sempre, a verdade não é amada. Contudo, quando sentiram remorso pelo julgamento de Sócrates, os atenienses aplicaram punição a seus acusadores, e ergueram uma imagem de ouro dele num templo; a condenação foi nessa ocasião reconsiderada, e a inocência dele restaurada em seus anteriores méritos.

Diógenes, igualmente, zombou de Hércules; e o cínico romano Varro se fez proceder de trezentas imagens de Júpiter, que foram conhecidas todas como sem cabeças.

Capítulo XV

De vossos escritores, outros, em seus desregramentos sempre vos proporcionam prazeres vilipendiando os deuses. Vede aquelas encantadoras farsas de Léntulo e Hostílio se nas brincadeiras e facécias não são os bufões e as divindades que vos causam divertimentos. Farsas assim, penso, levam-nos ao ridículo, como a de Anúbio, o adúltero, Luna, do sexo masculino, Diana debaixo do chicote, as interpretações dos desejos de Júpiter falecido e os três famigerados Hércules.

Vossa literatura dramática, igualmente, retrata as vilezas de vossos deuses. O Sol lamenta seus filhos expulsos do céu e vós ficais cheios de júbilo. Cibele procura seu insolente namorado e vós não corais. Levais à cena o recital dos delitos de Júpiter, e do pastor que julga Juno, Vênus e Minerva.

Novamente, quando a máscara de um deus é posta na cabeça de um ignominioso e infame miserável, quando alguém impuro e experimentado na arte de toda efeminação que seja representa Minerva ou Hércules, não é a majestade de vossos deuses insultada e sua divindade desonrada? Contudo vós não somente assistis a isso, como aplaudis.

Sois, suponho, mais devotos na arena quando sob a mesma forma vossas divindades dançam sobre o sangue humano, sobre os ferimentos causados pelas punições infligidas, como se interpretassem suas histórias e aventuras, cedendo sua vez aos pobres condenados, com a diferença de que esses muitas vezes se colocam como a divindade e no momento representam os próprios deuses.

Temos visto presentemente uma representação da mutilação de Átide, o famoso deus de Pessino, e de um homem queimado vivo como Hércules. Faz-se gozação em meio a burlescas crueldades na exibição do meio-dia, com Mercúrio examinando os corpos dos mortos com

sua lança ardente. Temos testemunhado o irmão de Júpiter, com malho na mão, rebocando os cadáveres dos gladiadores.

Mas quem pode assistir a tudo isso? Se por tais coisas a honra da divindade é atacada, se estão a macular qualquer traço de sua majestade, temos de entender isso como desprezo com os quais os deuses tratados por aqueles que ora fazem tais coisas e, igualmente, por aqueles para cujo divertimento são feitas. Isto, todavia, dizem, é tudo brincadeira.

Mas, acrescento - todos sabeis e admitis prontamente como fatos que nos templos são arrançados adultérios, que nos altares são praticadas alcovitices, que muitas vezes nas casas dos guardas dos templos e dos sacerdotes, sob os ornamentos de sacrifícios, sob sagradas tiaras e sob as vestimentas púrpuras, em meio das ondas de incenso, são praticados crimes de licenciosidade.

Então, não estou seguro, mas vossos deuses têm mais razão de se queixarem de vós do que dos cristãos. É certamente entre os devotos de vossa religião que sempre se encontram os perpetradores de sacrilégios; porque os cristãos não entram em vossos templos nem mesmo durante o dia.

Talvez queirais, também, ser exploradores dos deuses, já que os adorais. O que, então, vos levam a adorar, uma vez que os objetos de adoração são diferentes de vós? Fica, de fato, logo evidenciado como corolário de vossa rejeição à hipocrisia, que rendeis homenagem à verdade. Não perseverais no erro que criastes pelo simples fato de reconhecerdes que isso é um erro.

Aceitai isso, antes de mais nada, e após termos apresentado uma refutação preliminar de alguns conceitos falsos, continuaremos apresentando todo nosso sistema religioso.

Capítulo XVI

Juntamente como outros, estais na ilusão de que nosso Deus é uma cabeça de asno. Cornélio Tácito foi o primeiro a divulgar tal noção entre o povo. No 5o livro de sua História, começa a narrativa da guerra judaica com um relato da origem da nação, teorizando a seu bel prazer sobre essa origem, tanto quanto sobre o nome e sobre a religião dos judeus. Declara que tendo sido libertados ou ainda, em sua opinião, expulsos do Egito, cruzando as vastas planícies da Arábia, onde a água era escassa, os judeus enfrentaram a sede extrema, mas, tomando por guia asnos selvagens que, imaginavam, podiam estar procurando água depois de se alimentarem, descobriram uma fonte. Desde então, em sua gratidão, passaram a sacralizar a cabeça de um animal dessa espécie.

Como a cristandade está aliada ao judaísmo, por isto, suponho, aceitastes gratuitamente que nós também éramos devotos adoradores da mesma imagem. Mas o citado Cornélio Tácito (em completa oposição ao significado de seu nome - ficar calado e não contar mentiras), informa, na obra já mencionada, que quando Cneio Pompeu capturou Jerusalém, penetrou no templo para ver os segredos da religião dos judeus, mas não encontrou nenhuma imagem ali. Contudo, certamente, se adoração era rendida a algum objeto visível, o lugar exato de sua exibição deveria ser no santuário. Tudo o mais além da adoração, embora irracional, não se fazia necessário ali para causar medo a crentes do exterior, pois que só aos sacerdotes era permitido entrar no lugar sagrado, enquanto toda visão era impedida aos demais por um cortinado cerrado.

Não podeis negar, contudo, que todas as bestas de carga e não partes delas, mas animais inteiros, são com sua deusa Epona objetos de vossa adoração. É isso, talvez, que vos desagrade em nós, porque enquanto vossa adoração aqui é a todos, nós prestamos homenagem somente ao asno.

Se alguns de vós pensais que rendemos adoração supersticiosa à cruz, nessa adoração estais compartilhando conosco. Se dais homenagem a uma peça de madeira, importa pouco qual ela seja, porque a substância é a mesma: a forma é diferente, se nela tendes, de fato, o corpo de Deus. Entretanto, quão diferente é do madeiro da cruz Palas Atenas ou Ceres, quando levantadas para venda numa simples estaca bruta, peça de madeira sem forma!? Cada estaca fixada em posição vertical é um pedaço da cruz. Nós rendemos nossa adoração, se quereis assim, a um Deus inteiro e completo.

Mostramos antes que vossas divindades são feitas de formas modeladas na cruz. Mas vós também cultuais as vitórias, porque em vossos troféus a cruz é o sustentáculo do troféu. A religião dos acampamentos romanos é toda dirigida ao culto de estandartes, uma coleção de estandartes acima de todos os deuses. Bem, aquelas imagens mostradas nos estandartes são ornamentos de cruzes que as sustentam. Todas aquelas coisas penduradas em vossos estandartes e bandeiras são vestes das cruzes. Eu louvo vosso zelo: vós não prestais culto a cruzes desvestidas e desornadas.

Outros, de novo, certamente com mais informação e maior veracidade, acreditam que o sol é nosso deus. Somos confundidos com os persas, talvez, embora não adoremos o astro do dia pintado numa peça de linho, tendo-o sempre em sua própria órbita. A idéia, não há dúvidas, originou-se de nosso conhecido costume de nos virarmos para o nascente em nossas preces. Mas, vós, muitos de vós, no propósito às vezes de adorar os corpos celestes moveis vossos lábios em direção ao oriente.

Da mesma maneira, se dedicamos o dia do sol (Domingo) para nossas celebrações, é por uma razão muito diferente da dos adoradores do sol. Temos alguma semelhança convosco que dedicais o dia de Saturno (Sábado) para repouso e prazer, embora também estejais muito distantes dos costumes judeus, os quais certamente ignorais.

Mas, ultimamente a nova versão de nosso Deus foi dada a conhecer ao mundo nessa grande cidade: originou-se com um certo homem desprezível que tinha costume de se dedicar a trapacear com feras selvagens, e que exibiu uma pintura com esta inscrição: O Deus dos Cristãos nasceu de um asno. Ele tem orelhas de asno, tem casco num pé, segura um livro e usa uma toga. Tanto o nome como a figura nos provoca risos.

Mas nossos inimigos devem ter sido levados a logo prestar homenagem a essa divindade biforme, porque eles conhecem deuses com cabeça de cachorro e de leões, com chifres de bode e carneiro - como um corpo com pernas de dragão, com asas nas costas ou patas. Tais coisas temos esclarecido exaustivamente, porque não podemos de boa vontade deixar passar nenhum boato contra nós sem refutação.

Tendo explicado exaustivamente sobre nós mesmos, voltamos agora a uma demonstração de como é realmente nossa religião.

Capítulo XVII

O objeto de nossa adoração é um Único Deus que, por sua palavra de ordem, sua sabedoria ordenadora, seu poder Todo-Poderoso, tirou do nada toda a matéria de nosso mundo, com sua lista de todos os elementos, corpos e espíritos, para glória de Sua majestade. A essa criação, por tal razão, também os gregos lhe deram o nome de Cosmos.

Os olhos não podem vê-Lo, embora seja (espiritualmente) visível. Ele é incompreensível, embora tenha se manifestado pela graça. Está além de nosso mais elevado entendimento, embora nossas faculdades humanas o concebam. Ele é, portanto, igualmente real e magnífico. Mas o que, pelo senso comum, pode ser visto, percebido e concebido, é inferior ao que Ele é, ao que d'Ele se percebe, ao que d'Ele as faculdades vislumbram.

Mas o que é infinito é conhecido somente por Ele mesmo. Assim, damos alguma noção de Deus, enquanto, contudo, ele permanece além de todas as nossas concepções - nossa real incapacidade de completamente compreendê-Lo permite-nos ter a idéia do que Ele realmente seja. Ele se apresentou ao nosso conhecimento em sua transcendental grandeza, sendo conhecido e sendo desconhecido.

E tal coisa é a suma culpa dos homens, porque eles não querem reconhecer o Único a quem não podem ignorar. Poderíeis ter a prova pelas obras de Suas mãos, tão numerosas e tão grandes, que igualmente vos contém e vos sustentam, que proporciona tanto vosso prazer quanto vos comove com temor. Ou poderíeis melhor senti-lo pelo testemunho de vossa própria alma?

Embora sob o opressivo cativeiro do corpo, embora transviada por costumes depravados, embora enfraquecida pela concupiscência e paixões, embora na servidão de deuses falsos, contudo, quando a alma O procura, libertando-se do tédio e do torpor, movida por uma doença, e consegue um pouco de sua pureza natural, ela fala de Deus, não usando nenhum outro nome, porque este é o nome próprio do

verdadeiro Deus. "*Deus é imenso e bom*", "*Que possa Deus dar*", são as palavras que brotam de cada boca. Dão testemunho d'Ele, também, quando exclamam: "*Deus vê*", "*Eu me recomendo a Deus*" e "*Deus me recompensará*".

Ó nobre testemunho da alma, por natureza cristã! Então, igualmente, usando palavras semelhantes a essas, a pessoa olha não para o Capitólio mas para os céus. Ela sabe que ali está o trono do Deus vivo, como se d'Ele e dali tudo proviesse.

Capítulo XVIII

Mas, porque podemos alcançar um maior e mais autorizado conhecimento tanto d'Ele mesmo quanto de Seus apelos e desejos, Deus acrescentou uma revelação escrita para o proveito de todos aqueles cujos corações se colocam à sua procura, que procurando podem encontrá-LO e encontrando acreditar e acreditando obedecer-Lhe.

Porque primeiro Ele mandou mensageiros ao mundo - homens cuja pura retidão os tornaram dignos de conhecer o Altíssimo e de revelá-Lo - homens abundantemente iluminados pelo Santo Espírito, que alto proclamaram que há um só Deus que fez todas as coisas, que formou o homem do pó da terra. Ele é o verdadeiro Prometeu que ordenou o mundo, estabelecendo as estações em seu curso.

Aqueles homens mais provas ainda nos deram. Deus mostrou Sua majestade em seus juízos, por inundações e fogo, nos mandamentos indicados por Ele para se obter seu favor, assim como a retribuição guardada para quem os ignora, os renega ou os guarda, pois que quando chegar o fim de todas as coisas, julgará seus adoradores para a vida eterna e os culpados para a mansão do fogo eterno e inextinguível, ressuscitando todos os mortos desde o início dos tempos, reformando-os e renovando-os com o objetivo de premiá-los ou castigá-los.

Um dia, tais coisas foram para nós, também, tema de ridículo. Nós somos de vossa geração e natureza: os homens se tornam, não nascem cristãos! Os pregadores dos quais temos vos falado são chamados profetas, por causa do ofício que lhes pertence de predizer o que virá. Por sua palavras, tanto quanto pelos milagres que fizeram, esses homens podem merecer fé em sua autoridade divina.

Conservamos, ainda, em tesouros literários que permanecem disponíveis a todos, o que eles transmitiram. Ptolomeu, dito Filadelfo, o mais letrado de sua raça, uma homem de vasto conhecimento em toda a literatura, que se iguala, acho, pelo seu amor aos livros, com

Pisítrato, entre outros, sobreviveu aos tempos, e, seja por sua antigüidade, seja por seu peculiar interesse, se tornou famoso. Esse Ptolomeu, por sugestão de Demétrio de Falero, que foi reconhecido superior a todos os gramáticos de seu tempo, lhe entregou a tarefa de tratar do assunto relacionado aos escritos dos judeus. Isto é, aos característicos escritos dos judeus e de sua língua, que somente eles falavam, como povo querido de Deus, demonstrado isso na salvação de seus antepassados, povo do qual os profetas sempre se provieram e ao qual sempre pregavam.

Nos tempos antigos, o povo que chamamos judeus usavam o nome de hebreus e falavam o hebraico, língua em que foram redigidos seus escritos. Mas como para o entendimento de seus livros assim se fizesse necessário, os judeus pediram a Ptolomeu que lhe deixassem indicar setenta e dois tradutores, homens que o filósofo Menedemos, reconhecido como indicado por uma Providência, aceitou com respeito, já que compartilhava de seus pontos de vista.

A mesma história é contada por Aristos. Assim, o rei desvendou aquelas obras a todos, na língua grega. Até nossos dias a biblioteca de Ptolomeu se encontra à disposição de todos, no templo de Serápis, na qual estão também os originais idênticos hebreus.

Os judeus, por sua vez, lêem esses livros publicamente. Pagando uma taxa de liberação, têm o hábito de ir ouvi-los todos os sábados. Quem quer que tenha ouvidos neles encontrará Deus, quem quer que se aplica em entendê-los, será levado a crer.

Capítulo XIX

A grande antigüidade, antes de tudo, dá autoridade àqueles escritos. Vossa religião, também, pede fé baseada no mesmo fundamento. Sim, todas as substâncias, todos os materiais, as origens, classes, conteúdos de vossos mais antigos escritos, além da maioria das nações e cidades ilustres que recordam o passado e são notáveis por sua antigüidade nos livros de anais, as próprias formas de vossas cartas, tudo que revela e conserva os acontecimentos, e - penso que falo coerentemente - vossos próprios deuses, vossos próprios tempos, oráculos e ritos sagrados são menos antigos do que a palavra de um único profeta, no qual encontrareis o tesouro da integral religião judia e, conseqüentemente, da nossa.

Caso tenhais ouvido falar de um certo Moisés, digo-vos que ele é muitíssimo mais antigo do que o argeu Ínaco, em aproximadamente quatrocentos anos. Ele é anterior a Dânaos, vosso mais antigo nome. Antecedeu por um milênio a morte de Príamo. Posso afirmar, também, que viveu quatrocentos anos antes de Homero, existindo fundamentos para essa afirmação. Os outros profetas, também, embora de datas posteriores, são, mesmo os mais recentes, tão antigos quanto o primeiro de vossos filósofos, legisladores e historiadores.

Aqui faço apenas uma afirmação, não apresentando as provas, não tanto porque isso é difícil, mas devido à amplitude da apresentação de toda a fundamentação. O trabalho não seria somente árduo, mas sobretudo tedioso. Requereria o apressado estudo de muitos livros, os dedos ocupados em folheá-los.

As histórias das mais antigas nações, tais como dos Egípcios, dos Caldeus, dos Fenícios teriam de ser exploradas. Igualmente teriam de ser consultados para apresentarem seus testemunhos homens dessas várias nações, com suas informações. Mâneto, o Egípcio, Beroso, o Caldeu, e Hierão, o Fenício, rei de Tiro, assim como seus sucessores, Ptolemeu o Mendesiano, Demétrio de Falero, O Rei Juba, Apião, Thallo, e o crítico de todos eles, Josefo, da própria nação judia, o

pesquisador da história antiga de seu povo, que os confirma ou os refuta.

Igualmente, deveriam ser postas lado a lado as listas dos censores gregos, e esclarecidas as datas dos acontecimentos, para que as conexões cronológicas pudessem ser feitas, bem como usadas as narrativas dos vários anais para lançar mais luz sobre o assunto. Deveríamos seguir aprofundando as histórias e literaturas de todas as nações. Mas, de fato, já vos trouxemos a prova parcial, fornecendo-vos as sugestões de como o estudo poderia ser realizado.

Parece-nos melhor deixarmos para outra ocasião a discussão disso tudo, com receio de que em nossa pressa não possamos aprofundá-lo suficientemente, ou de que no manuseio disso tudo façamos uma digressão demasiadamente extensa.

Capítulo XX

Para concluir nossa digressão, transmitimo-vos isto de maior importância. Apontamo-vos o poder de nossas Escrituras, se não por sua antigüidade, no caso de duvidardes que sejam tão antigas como dizemos, pela prova que damos de que são divinas. Assim, podereis vos convencer disso de uma vez por todas, sem que nos estendamos mais.

Vossos mestres, o mundo, a antigüidade e os acontecimentos estão todos à vossa vista. Tudo aquilo que vos cerca, estou na vossa dianteira anunciando. Tudo o que vos cerca e agora vedes foi previamente anunciado. Tudo o que agora vedes já foi anteriormente predito aos ouvintes humanos. A destruição de cidades da terra, a submersão de ilhas pelos mares, guerras que trouxeram convulsões internas e externas, o embate de reinos contra reinos, as epidemias de fome e de pestes, os massacres em certos lugares, as desolações disseminadas das mortalidades, a exaltação dos pobres e humildes sobre os orgulhosos, a decadência da honestidade, a disseminação do pecado, os instrumentos da ambição deslavrada dos bens, as próprias estações e atividades elementares naturais escapando a seus normais cursos, monstros e prodígios tomando o lugar de formas naturais - isso tudo foi previsto e predito antes que acontecesse. Enquanto sofremos as calamidades, estamos lendo sobre elas nas Escrituras. Se verificarmos, elas estão sendo confirmadas.

Sim, a verdade de uma profecia, julgo, é a demonstração de seu acontecimento posterior. Daí termos entre nós uma fé confirmada a respeito do eventos que vêm como coisas já confirmadas, porque foram preditas e igualmente cumpridas em nosso dia a dia. Elas foram proferidas pelas mesmas vozes, escritas nos mesmos livros - o mesmo Espírito as inspirou.

Constantemente há alguém predizendo os acontecimentos futuros. O tempo é um só para a profecia que prediz o futuro. Entre os homens, talvez, há uma distinção dos tempos, já que o seu cumprimento vem depois. Sendo eventos do futuro, nós os consideramos como presentes

e, então, quando se fazem presentes, nós os consideramos como pertencendo ao passado. Como podemos ser censurados, dizei-nos, porque acreditamos nas coisas que virão como se já tivessem acontecido, com essas provas para nossa fé nesses dois instantes.

Capítulo XXI

Agora, tendo confirmado que nossa religião está fundamentada nas escrituras dos hebreus, as mais antigas que existem, embora seja corrente e nós admitimos inteiramente que nossa religião date de um período comparativamente recente - não anterior ao reino de Tibério, talvez, devemos levantar a questão de suas bases, para não parecer que ocultamos sua origem sob a sombra de uma ilustre religião, a qual possui, sob todos os aspectos, indubitavelmente, a aceitação da lei.

Igualmente, além da questão da idade, não concordamos com os judeus em suas particularidades com respeito à alimentação, aos dias sagrados, nem mesmo no seu bem conhecido sinal da circuncisão, nem no uso de um nome comum, o que, certamente, seria o caso, já que prestamos homenagem ao mesmo Deus.

Igualmente, o povo comum tem algum conhecimento sobre Cristo, mas não o considera senão um homem, alguém que, de fato, os judeus condenaram, de modo que muitos naturalmente imaginaram que somos adoradores de um simples ser humano.

Mas não estamos nem envergonhados de Cristo - porque nos alegamos de sermos contados entre seus discípulos e de sofrermos por seu nome - nem divergimos dos judeus com relação a Deus.

Faremos, portanto, uma observação ou duas quanto à divindade de Cristo. Nos tempos antigos os judeus muito gozaram do favor de Deus, quando os predecessores de sua raça se notabilizaram por sua honestidade e fé. Assim foi que floresceram muitíssimo como um povo e seu reino atingiu uma eminência sublime. Tão abençoados eram que para sua instrução Deus lhes falou através de especiais revelações, indicando-lhes antes de tudo como deviam se fazer merecedores de Seu favor e de como evitar Seu desagrado.

Mas, caíram profundamente no pecado, se ensoberbeceram na sua fé com a falsa confiança em seus nobres ancestrais, desviando-se do

caminho de Deus para um caminho de transviada impiedade, e embora eles se neguem a reconhecer isso, sua ruína nacional atual poderia ser prova suficiente do ocorrido.

Dispersos mundo afora, como uma raça de errantes, exilados de sua própria terra e clima, vagam por todo o mundo sem um rei humano ou divino, não possuindo nem mesmo o direito que têm os estrangeiros de andarem em seu país nativo.

Os escritores sagrados, contudo, lhes tinham advertido previamente dessas coisas, todos com igual clareza, e até declararam que, nos últimos dias do mundo, Deus, de todas as nações, povos e países, escolheria Seus próprios e mais fiéis adoradores, aos quais conferiria Sua graça. Faria isso mais amplamente, preservando-os com o poder de uma concessão mais sublime.

Fielmente, Ele apareceu entre nós, conforme fora previamente anunciado, para renovar e iluminar a natureza humana. Refiro-me a Cristo, o Filho de Deus. E assim o Senhor supremo, o Ministrador dessa graça e modo de vida, o Iluminador e Mestre da raça humana, Filho do próprio Deus, se fez anunciar como tendo nascido entre nós. Nascido, porém, de forma a não se envergonhar do nome de Filho ou de Sua origem paterna.

Não foi seu destino provir de Seu pai através de incesto com uma irmã, ou de violação de uma filha ou da esposa de outro, um deus na forma de serpente, ou de boi, ou de pássaro, ou de um amante, de modo que sua baixeza o transformasse no ouro de Dânaos. Assim são vossas divindades sobre as quais recaíram tais crimes de Júpiter.

Mas o Filho de Deus não teve mãe que, em nenhum sentido, fosse envolvida em impureza. Aquela que os homens têm por Sua mãe, pelo contrário, nunca teve relacionamento nupcial. Mas, primeiro, falarei sobre Sua natureza essencial e, então, a natureza de Seu nascimento poderá ser compreendida.

Já afirmamos que Deus fez o mundo e tudo o que ele contem, por Sua Palavra, Razão e Poder. É plenamente aceito que vossos filósofos também têm em vista o Logos - isto é, a Palavra e a Razão - como o Criador do universo. Zenão explicou que ele é o criador, tendo feito todas as coisas de acordo com determinado plano, que seu nome é o Destino, e Deus, e a alma de Júpiter, e a necessidade de todas as coisas. Cleanto atribui tudo isso ao espírito que, segundo afirma, pervade o universo.

E nós, de maneira semelhante, afirmamos que a Palavra, a Razão e o Poder, com as quais denominamos Deus tudo criou, é espírito com sua substância própria e essencial, da qual a Palavra provem como expressão, e a razão habita para dispor e arranjar, e o poder se sobressai para executar.

Aprendemos que a Palavra procede de Deus, e nessa processão Ela é gerada, de modo que Ela é o Filho de Deus, e é Deus, em unidade e em mesma substância com Deus. Em Deus, igualmente, há um Espírito.

Mesmo quando o raio é lançado do sol, é ainda parte da massa que o gerou. O sol ainda está no raio, porque é um raio do sol. Não há divisão de substância mas simplesmente uma extensão. Assim Cristo é Espírito do Espírito, Deus de Deus, Luz da Luz. O material matriz permanece inteiro e não diminuído, embora dele derive qualquer número de raios, possuindo suas qualidades.

Assim, também, Aquele que provem de Deus é por sua vez Deus e Filho de Deus, e os dois são um só. Dessa maneira, como Ele é Espírito do Espírito, Deus de Deus, Ele é gerado como segundo no modo de existência - na posição, não na natureza. Ele não é criado pela fonte original, mas dela foi gerado.

Este raio de Deus, então, como foi sempre previsto nos tempos antigos, desceu sobre uma virgem, e se fez carne em seu ventre; é em Seu nascimento juntamente Deus e homem. A carne informada pelo

Espírito é alimentada, cresce até tornar-se adulto, fala, prega, trabalha - é o Cristo.

Acolha, por enquanto, esta fábula se assim quiserdes chamá-la. É uma concepção vossa, enquanto continuaremos a mostrar como a reivindicação de Cristo foi provada, e como as versões de vosso conhecimento pelas quais tais fábulas foram apresentadas para destruir a verdade, se assemelham.

Os judeus, também, estiveram preocupados de que Cristo tivesse vindo, eles aos quais os profetas falaram. Mas não, ainda agora Seu advento continua sendo esperado por eles. Não há nenhuma dissensão entre eles e nós, senão que eles acreditam que o advento ainda não aconteceu. Pois duas vindas de Cristo nos foram reveladas: a primeira que já se cumpriu na baixeza do destino humano, uma segunda que pende sobre o mundo, agora perto de seu fim, com toda a majestade da Divindade desvelada.

Por interpretarem mal a primeira vinda, os judeus concluíram que a segunda - objeto de predição mais manifesta, e na qual colocam suas esperanças - seria a única. Isto foi o castigo devido a seus pecados - não compreenderem a primeira vinda do Senhor - porque eles a tiveram, mas nela não quiseram acreditar. Se tivessem acreditado, poderiam ter obtido salvação.

Eles próprios leram o que foi escrito a seu respeito - que estão privados da sabedoria e do entendimento - do uso de seus olhos e de seus ouvidos. Assim, então, sob a força de sua rejeição se convenceram a si próprios desse seu baixo procedimento: que Cristo não foi mais do que um homem, seguindo-se, como consequência necessária, que tivessem Cristo na conta de mágico, devido aos Seus poderes que demonstrou - expulsando demônios dos homens por sua palavra, restaurando a visão aos cegos, limpando os leprosos, curando os paráliticos, trazendo de novo à vida quem já estava morto, fazendo com que os próprios elementos da natureza o obedecessem, amainando as tempestades e andando por sobre o mar, provando que era o Logos de Deus, aquela

primordial Palavra de todo o sempre gerada, acompanhada pelo Poder e Razão e vinda pelo Espírito - Aquele que agora faz todas as coisas pelo poder de sua Palavra e Aquele que fez que do anterior proviesse um e o mesmo.

Mas os judeus ficaram tão exasperados com seus ensinamentos, pelos quais seus governantes e chefes se convenceram da verdade, principalmente porque muitíssimos O seguiram, que, por último, O levaram ante Pôncio Pilatos, naquele tempo governador da Síria. Então, pela violência de seus gritos contra Ele, obtiveram uma sentença entregando-lhes Cristo para ser crucificado. O próprio Cristo havia predito tudo isso, o que teria pouco sentido se não tivessem os profetas antigos dito a mesma coisa.

E, no entanto, pregado na cruz, Cristo manifestou muitas maravilhas admiráveis pelas quais Sua morte foi diferente de todas as outras. Por Sua livre vontade, com uma palavra fez entrega de seu Espírito, antecipando o trabalho dos carrascos. Na mesma hora, também, a luz do dia feneceu, enquanto o sol naquele momento, exatamente, estava fulgurando no seu meridiano. Aqueles que não estavam cientes de que isso tinha sido predito sobre Cristo, pensaram, sem dúvidas, que era um eclipse. Vós mesmos tendes ainda registro em vossos arquivos desse fenômeno da natureza.

Quando seu corpo foi descido da cruz e colocado numa sepultura, os judeus em seu ansioso cuidado cercaram-na com uma grande guarda militar, uma vez que Cristo havia predito Sua ressurreição da morte no terceiro dia. Seus discípulos poderiam secretamente retirar seu corpo e, assim, enganar os incrédulos. Mas, no terceiro dia houve um repentino abalo de terremoto e a pedra que selava a sepultura rolou de seu lugar. Os guardas fugiram com medo. Não havendo nenhum discípulo por perto, a sepultura foi encontrada totalmente vazia exceto pelo sudário daquele que fora ali sepultado.

Mas, assim mesmo, os chefes dos judeus, a quem de perto interessava espalhar uma mentira e, por suas crenças, conservar o povo sob

tributos e submissão, disseram que o corpo de Cristo tinha sido roubado pelos discípulos de Cristo. Quanto ao Senhor, vede, não apareceu à vista do público, para que os culpados não se livrassem de seus erros, porque a fé, também, merecedora de uma grande recompensa, se fundamenta na dificuldade. Mas Ele ficou quarenta dias com muitos de Seus discípulos, na Galiléia, uma região da Judéia, instruindo-os nas doutrinas que deveriam ensinar aos outros.

Depois disso, tendo lhes dado o encargo de pregarem a boa nova em todo o mundo, Ele foi cercado por uma nuvem e subiu aos céus - um acontecimento muitíssimo mais certo do que as afirmações de vossos procônsules a respeito de Rômulo.

Todas essas coisas Pilatos fez a Cristo, e agora, realmente, os cristãos têm suas próprias convicções. Pilatos escreveu sobre Cristo ao Imperador reinante que era, na época, Tibério. Sim, e os Imperadores também teriam acreditado em Cristo, caso os Imperadores não tivessem sido necessários ao mundo, ou se os cristãos pudessem se tornar Imperadores.

Seus discípulos, espalhando-se pelo mundo afora, fizeram o que Seu Divino Mestre dissera, e após sofrerem muito, eles próprios, com as perseguições dos judeus, com generosidade de coração, mantendo a fé na verdade, por último, semearam pela cruel espada de Nero, com sangue cristão, a sede de Roma.

Sim, provarei que mesmo vossos próprios deuses são testemunhas efetivas em favor de Cristo. Seria de grande importância, para colocardes vossa fé nos cristãos, se eu pudesse vos demonstrar a autoridade dos próprios seres por conta dos quais recusais dar-lhes créditos.

Eis que vos desvendamos a fé em que nos fundamentamos. Expusemos a origem e o nome de nossa seita, com esse relato do Fundador do Cristianismo. Que ninguém, doravante, nos acuse com infame maldade, que ninguém pense que algo seja diferente do que

apresentamos, para que ninguém possa fazer um falso conceito dessa religião.

Pois se alguém adora um outro Deus, diferentemente do que diz, se torna culpado de negar o objeto de sua adoração, transfere sua adoração e homenagem a outro, e nessa transferência deixa de adorar o Deus que a repudia.

Afirmamos, clamamos diante de todos os homens, e dilacerados, sangrando debaixo de vossas torturas, gritamos: "Nós adoramos Deus por Cristo." Tende Cristo como um homem, se assim vos agrada. Por Ele e n' Ele Deus desejaria ser conhecido e adorado.

Se os judeus objetam a isso, respondemos que Moisés, que não foi senão um homem, foi quem lhes ensinou sua religião. Contra os gregos argüimos que Orfeu em Piéria, as Musas em Atenas, Melampo em Argos, Trofônio na Beócia, impuseram seus ritos religiosos. Respondendo a vós próprios que costumais oscilar entre as nações, foi um homem, Numa Pompílio, que impôs aos romanos um pesado fardo de custosas superstições.

Certamente Cristo, então, tem direito de revelar a Divindade que era, de fato, Sua própria essencial possessão, não com o objetivo de manipular ignorantes e selvagens com o temor de uma multidão de deuses, cujos favores deveriam resultar numa civilização, como foi o caso com Numa, mas como alguém que gostava de iluminar os homens já civilizados e sob ilusões de sua própria cultura, para que eles pudessem conhecer a verdade.

Pesquisai, pois, e vede se a divindade de Cristo é verdadeira. Se é de tal natureza que o seu acolhimento transforma o homem e o faz melhor, implicando isso no dever de renunciar como falso o que se lhe opõe. Especialmente se oculta ele próprio, sob o nome e a imagem da morte, seus esforços para convencer os homens de sua divindade, através de sinais especiais, milagres e predições.

Capítulo XXII

Também afirmamos, com certeza, a existência de certos seres espirituais, cujos nomes não vos são desconhecidos. Os filósofos admitem que existem demônios. O próprio Sócrates esperou pela vontade de um demônio. Por que não? Uma vez que se diz que um espírito mau estava especialmente ao seu lado desde sua juventude - que, sem dúvidas, desviava sua mente do que era bom. Todos os poetas estão, também, de acordo com a existência dos demônios.

Mesmo o povo comum, ignorante, costuma chamá-los quando praguejam. De fato, o povo chama por Satanás, o líder dos demônios, em suas execrações, como se dele tivesse um conhecimento instintivo. Platão admite a existência de anjos. Os que praticam a magia, se apresentam como testemunhas da existência de ambas as espécies de espíritos.

Somos instruídos, ainda, por nossos livros sagrados, de como certos anjos, que se degradaram por sua própria liberdade, originaram uma família de anjos maus, condenados por Deus juntamente com os promotores dessa degradação. A tal líder, acima já nos referimos. Isso seria suficiente para o momento, contudo, temos alguns relatos de suas obras. A grande tarefa deles é levar à ruína os homens de boa vontade. Assim, por sua própria maldade espiritual procuram nossa destruição.

Nesse sentido, infligem males a nossos corpos e outras calamidades mortais, quando com violentos ataques impelem a alma a repentinos e enormes excessos. Sua prodigiosa sutileza e espiritualidade lhes dão acesso a ambas as partes de nossa natureza. Como espíritos, não podem nos ferir; e porque, invisíveis e intangíveis, não tomamos conhecimento de suas ações exceto por seus efeitos, assim como quando algum desconhecido veneno na brisa arruina as maçãs e os grãos quando ainda em floração, ou os matam no botão, ou os destroem quando alcançam a maturidade, como se fosse por uma atmosfera corrompida por meios desconhecidos, espalhando por toda a parte suas exalações pestilenciais.

De semelhante modo, também, por uma influência igualmente obscura, os demônios sopram dentro das almas e as incitam à corrupçãoes com paixões furiosas e excessos vis, ou com cruéis concupiscências, acompanhadas de vários erros, dos quais o pior é aquele empenho pelos quais tais espíritos se dedicam a enganar e iludir os seres humanos para obterem seu próprio alimento de carne, vapores e sangue que são oferecidos às imagens dos ídolos.

Que alimento mais perverso para o espírito do mal do que afastar as mentes humanas do verdadeiro Deus com as ilusões de sua falsa divindade?

Aqui vos exponho como tais ilusões são realizadas. Esses espíritos possuem asas. Essa é uma propriedade comum tanto aos anjos como aos demônios. Assim, eles estão em todo lugar, a cada momento; o mundo todo é um único lugar para eles. Tudo o que é feito no espaço do mundo, para eles se torna fácil tanto de conhecer como de relatar. Sua sutileza de movimento é tomada como coisa divina, porque sua natureza é desconhecida. Assim eles são tidos, muitas vezes, como autores de coisas que então proclamam. Muitas vezes, não há dúvida, as coisas ruins são de sua autoria, nunca o bem.

Os propósitos de Deus, igualmente, eles souberam pelos pronunciamentos dos profetas, logo que eles os faziam. Eles os espionam ainda através de suas obras, quando os ouvem ler em voz alta. Então, obtendo por essa fonte algumas afirmações sobre o futuro, se posicionam como próprios rivais do Deus verdadeiro, enquanto se apropriam do conhecimento divino. Vossos Creso e Pirro bem conhecem a habilidade com as quais suas respostas parecem prever os acontecimentos. É assim que explicamos porque Píton estava apto a declarar que eles estavam cozinhando uma tartaruga com a carne de um cordeiro. Num segundo, ele estava na Lídia.

Porque moram nos ares e por causa de sua proximidade das estrelas e suas comunicações com as nuvens, eles têm meios de saber os processos preparatórios que ascendem a essas elevadas regiões e,

assim, podem prometer as chuvas, das quais já tinham conhecimento. Muito hábeis, também, não há dúvidas, são com respeito a curar as doenças. Primeiramente, eles vos fazem adoecer. Depois, para demonstrar um milagre, ordenam a aplicação de remédios seja um remédio novo, seja um inabitual, e rapidamente retirando sua influência mal-sã, se tornam conhecidos como realizadores de uma cura.

Que necessidade, então, de falar de seus outros artifícios ou poderes ilusórios que possuem como espíritos, como daquelas aparições de Castor, da água carregada numa peneira, de um navio que ultrapassa uma barreira, da barba irritada por um toque, tudo feito com o propósito de mostrar que os homens deveriam acreditar na divindade de pedras, e não procurar o único Deus verdadeiro?

Capítulo XXIII

Ainda mais, se feiticeiras invocam espíritos, e mesmo fazem que apareçam as almas dos mortos, se matam crianças com o propósito de obterem uma resposta dos oráculos, se com suas ilusões de prestidigitação têm a pretensão de fazerem vários milagres, se iludem com sonhos a cabeça do povo pelo poder de demônios, cuja ajuda pediram, por cuja influência, igualmente, cabras e mesas se tornam algo divino - quanto mais não é este poder do mal zeloso em fazer com todas as suas capacidades, a favor de seu próprio propósito, e por seus próprios meios, o que serve aos objetivos de outros!

Ora se anjos e demônios fazem exatamente o que vossos deuses fazem, onde nesse caso está a preeminência da divindade, a quem devemos considerar estar acima de todos em poder? Não seria, então, mais razoável afirmar que esses espíritos se fazem de deuses, apresentando como apresentam, provas reais que exaltam vossos deuses, do que afirmar que os deuses são iguais aos anjos e demônios? Fazeis uma distinção de lugares, suponho, olhando como deuses em seus templos aqueles cuja divindade não reconheceis de modo algum. E observe-se a loucura de considerar como diferentes um homem que sai dos templos sagrados e um outro que sai do templo ao lado. E de se considerar sob domínio de um furor diferente aquele que corta seus braços e intimidades e aquele que corta sua garganta. O resultado da loucura é o mesmo e a forma de instigação também.

Mas há tempo estamos argumentando somente com palavras. Agora trataremos de apresentar provas dos fatos, pelas quais mostraremos que sob diferentes nomes tendes uma mesma e real identidade. Leve-se uma pessoa que está inquestionavelmente sob possessão demoníaca, ante vossos tribunais. O espírito mau ordenado a falar por um seguidor de Cristo prontamente fará a confissão verdadeira de que ele é um demônio, assim como, de outro modo, ele falsamente afirmará que é uma divindade. Ou, se quereis assim, que a pessoa seja possuída por uma divindade, como supondes que seja, a qual aspirando junto ao

altar recebeu a divindade pelos vapores, quando estava em ânsias de vômito, em espasmos de respiração.

Vede se a própria Celeste, a prometera de chuva, que Esculápio descobridor de remédios pronto a prolongar a vida de Socórdio, Tanácio e Asclepiódolo, agora no além, se eles não confessariam, perante o sangue derramado do mais indigno seguidor de Cristo, em seu medo de mentir a um cristão, que são demônios. O que seria mais evidente do que uma tal comprovação? O que mais verdadeiro do que tal prova? A simplicidade da verdade será então comprovada. Sua própria dignidade a sustentará. Não haverá mais lugar para a mínima suspeita. Direis que isso será feito por mágica, ou por algum truque - mas de que sorte?

Não podereis dizer nada disso, se vos permitirdes o uso de vossos ouvidos e olhos. Que argumento podereis levantar contra uma coisa que é exibida aos olhos em sua realidade nua? Se, por outro lado, eles são realmente deuses, porque pretendem ser demônios? É por medo de nós? Nesse caso, vossa divindade está sob sujeição dos cristãos, e certamente nunca podeis chamar de divindade àquela que está sob a autoridade do homem e de seu próprios inimigos (mesmo levando em conta a desgraça da possessão).

Se, por outro lado, eles são demônios ou anjos maus, por que sem provas para isso, ousam se promoverem agindo com as prerrogativas dos deuses? E como seres que se promovem como divindades, não poderiam nunca de boa vontade se confessarem demônios, se fossem de fato divindades, porque não poderiam abdicar de sua dignidade. Esses que sabeis ser não mais do que demônios, não ousariam agir como deuses, se aqueles de cujos nomes se apropriam, usando-os, fossem realmente divinos. Pois que não ousariam tratar com desrespeito a majestade suprema dos seres divinos, cujo desagrado lhes seria temível.

Assim, essas vossas divindades não são divindades, porque se fossem não iriam querer passar por demônios, e não iriam querer ver negada

sua divindade. Mas desde que de ambas as partes há um conhecimento concorrente de que não são deuses, resta concluirmos que não formam senão uma única família, ou seja, a família dos demônios, a raça verdadeira de uns e outros.

Procurai, então, doravante, deuses, pois que constatastes serem espíritos do mal aqueles que tínheis imaginado serem deuses.

A verdade é, então, como demonstramos de nosso próprio Deus, porque nem ele mesmo nem nenhum outro reivindica sua divindade. Igualmente, podereis ver, então, de uma vez por todas quem é realmente Deus, e se Ele é Aquele Único a quem nós cristãos servimos. E, também, se estais dispostos a acreditar n'Ele e a adorá-Lo, como o fazemos em nossa fé e disciplina cristãs.

Mas, então, dirão: Quem é este Cristo com suas fábulas? É um homem comum? É um feiticeiro? Foi seu corpo roubado por seus discípulos de seu túmulo? Está agora nos reinos inferiores? Ou antes não está nos céus, de onde virá de novo, fazendo todo mundo tremer, enchendo a terra com mortais clamores, fazendo todos, exceto os cristãos, se lamentarem - como o Poder de Deus, o Espírito de Deus, a Palavra, a Razão, a Sabedoria, como o Filho de Deus?

Zombai como gostais de fazer, mas juntai-vos aos demônios, se assim quereis, em vossas zombarias. Que eles neguem que Cristo virá para julgar cada alma humana que já existiu desde o início do mundo, revestindo-os dos corpos deixados por ocasião da morte. Que eles declarem isso, digo, ante vosso tribunal, porque este poder tem sido atribuído a Minos e Radamanto, como Platão e os poetas afirmam. Que eles afastem de si pelo menos a marca da ignomínia e da condenação.

Eles discordam de que sejam espíritos impuros. Contudo temos isso como indubitavelmente provado por seu gosto pelo sangue, pelos vapores e carcassas fétidas de animais sacrificados, e mesmo pela linguagem vil de seus ministros. Que eles neguem isso, porque por sua

maldade já condenada, estão livres, de fato, daquele dia do julgamento, com todos os seus adoradores e todas as suas obras.

Porque toda a autoridade e poder que temos sobre eles vem do nome de Cristo, nossa denominação, lembrando-lhes as desgraças com as quais Deus os ameaça pelas mãos de Cristo como Juiz, e com as quais os cristãos esperam um dia surpreendê-los. Temendo Cristo em Deus, e Deus em Cristo, os cristãos se tornam submissos servos de Deus e Cristo.

Assim, ao nosso toque e sopro, esmagados pelo pensamento e realização daquele fogo do julgamento, deixarão sob nosso comando seus corpos, contra a vontade e desamparados, diante de vossos próprios olhos expostos à vergonha pública. Acreditais neles quando eles mentem. Dai crédito a eles quando falam a verdade acerca deles mesmos. Ninguém diz mentira para trazer desgraça sobre sua própria cabeça, mas antes pela salvação da honra.

Estais mais prontos a afirmardes algo ao povo, mesmo fazendo confissões contra as divindades, do que a negardes algo em interesse do próprio povo. Não é coisa rara que esses testemunhos de vossas divindades convertam os homens ao Cristianismo. Pois que acreditando plenamente neles, ficamos livres para acreditar em Cristo.

Sim, vossos próprios deuses põem fé em nossas Escrituras, eles fizeram crescer nossa esperança. Vós também os honrais, como sabemos, com o sangue dos cristãos. Despropositadamente perdem aqueles que lhes são tão úteis e tão temerosos deles, ansiosos mesmo que vos resistam, e a não ser num dia ou outro consigais desbaratá-los - como se sob o poder de um seguidor de Cristo que deseja vos provar a Verdade, lhes fosse possível de algum modo mentirem.

Capítulo XXIV

A explanação inteira desse assunto pelas quais se deduz que eles não são deuses, e que não existe senão um Deus - o Deus que adoramos - é perfeitamente suficiente para nos isentar do crime de traição, principalmente contra a religião romana. Pois, se está claro que tais deuses não existem, não há religião, no caso. Se não existe religião - porque esses deuses não existem - somos certamente inocentes de qualquer ofensa contra a religião.

Em vez disso, a responsabilidade recai sobre vós. Por adorardes uma mentira, sois de fato culpados do crime de que nos acusais, não simplesmente porque recusais a verdadeira religião do verdadeiro Deus, mas porque ousais perseguí-Lo. Mas, concedendo que esses seres objetos de vossa adoração sejam realmente divindades, não se deve reconhecer universalmente que há um Deus mais elevado e mais poderoso, como ordenador principal do mundo, dotado de poder e majestade absolutos?

De modo usual, se atribui a Deus um poder imperial e supremo, enquanto suas tarefas são distribuídas por muitas divindades, como Platão descreve a respeito do supremo Júpiter habitando nos céus, cercado por uma organização de divindades e demônios. Convém-nos, portanto, mostrar igual respeito aos procuradores, prefeitos e governadores do Império divino. E por maior crime que alguém cometa, quando, entre nós, uma transgressão capital está restrita à apelação da mais alta autoridade, ninguém além de César, tal pessoa delega seus esforços e suas esperanças a outro, com o objetivo de obter um maior favor do Imperador. Ele não sai declarando que o apelo a Deus ou ao Imperador depende somente do Supremo Senhor.

Que um homem adore Deus, outro a Júpiter; que um levante as mãos suplicantes para os céus, outro para o altar de Fides; outro (se tendes esse ponto de vista) faça sua prece às nuvens, outro aos objetos do teto; que um consagre sua própria vida a seu Deus, e outro a uma cabra. Por ver que não dais importante valor à acusação de irreligião,

proibindo a liberdade religiosa ou a escolha livre de uma divindade, não sei como não posso adorar de acordo com minha inclinação, mas sou obrigado a adorar contra ela. Nem também um ser humano gostaria de receber homenagem prestada a contragosto, e assim os próprios egípcios receberam permissão para o uso legal de sua ridícula superstição, liberdade para fazer de pássaros e feras seus deuses, assim como para condenar à morte quem quer que mate um deus dessa espécie.

Mesmo cada província e cada cidade tem seu deus. A Síria tem Astartéia, a Arábia tem Dusares, os Nórdicos têm Beleno, a África tem sua Celeste, a Mauritânia também suas próprias dignidades. Eu falei, penso, das Províncias Romanas, e contudo não falei que seus deuses são romanos. Pois que eles não são adorados em Roma, tanto quanto outros que são listadas como divindades em toda a própria Itália por consagração municipal, como Delventino de Cassino, Visidiano de Narnia, Ancária de Áusculo, Nórcia de Orvieto, Valência de Ocrículo, Hóstia de Sátrio, o Pai Curls de Falisco, em honra do qual, também, Juno recebeu seu sobrenome.

De fato, somente nós somos proibidos de ter uma religião própria nossa. Ofendemos aos romanos, somos excluídos de direitos e de privilégios dos romanos porque não adoramos os deuses de Roma. Seria bom que houvesse um único Deus para todos, do qual todos fôssemos adoradores, quiséssemos ou não. Mas com vossa liberalidade permitis adorar qualquer deus exceto o verdadeiro Deus, como se Ele não fosse o Deus que todos deveriam adorar, ao qual todos pertencem.

Capítulo XXV

Eu penso que ofereci prova suficiente sobre a questão da falsa e da verdadeira divindade, mostrando que a prova está não simplesmente fundamentada em debate ou argumento, mas no testemunho dos próprios seres em quem pondeis a vossa fé, de modo que esse assunto não precisa mais de discussão.

Contudo, tendo começado a naturalmente falar dos romanos, não posso evitar a controvérsia que é provocada pela divulgada afirmação daqueles que afirmam que, como uma recompensa de sua singular homenagem à religião, os romanos progrediram a tais alturas de poder que se tornaram senhores do mundo. E, portanto, são certamente divinas os deuses que adoram, porque prosperam acima dos outros aqueles que sobrepujam todos os outros na honra às divindades. Isso, certamente, é o preço que os deuses pagaram aos romanos por sua devoção. O progresso do Império deve ser atribuído a Estérculo, a Mutuno e Larentina.

Pois que dificilmente poderia pensar que deuses estrangeiros estivessem dispostos a favorecer mais uma raça estrangeira do que à sua própria, e entregar sua própria terra, na qual nasceram, na qual se tornaram adultos, ficaram famosos, e, enfim, foram enterrados, em benefício de invasores de outras plagas. Assim Cibele, se põe suas afeições na cidade de Roma, como herdeira da progênie troiana salva dos exércitos da Grécia, ela própria sendo, certamente, da raça troiana - como se previsse sua transferência para o povo vingador pelo qual a Grécia, conquistadora da Frígia, seria subjugada, e o preferisse mais do que a seu país natal conquistado pela Grécia.

Por que, igualmente, em nossos dias, a Mãe Magna (Cibele) deu uma notável prova de sua grandeza, conferindo como que uma dádiva à cidade, quando, logo após a perda da estátua de Marco Aurélio, em Sírmio, no dia 17 antes das Calendas de Abril, o mais sagrado de seus sacerdotes havia oferecido, uma semana depois, libações impuras de

sangue retirado de seus próprios braços, e ordenado que preces usuais deveriam ser feitas pela saúde do imperador, já morto.

Ó mensageiros tardios! Ó correio dorminhoco! Por cuja falta Cibele não recebeu uma notícia atualizada da morte imperial, para que os cristãos não tivessem oportunidade de ridicularizar uma divindade tão indigna. Júpiter, de novo, nunca deveria ter permitido que sua própria Creta caísse, de repente, diante das forças romanas, esquecido totalmente daquele caverna amada e dos címbalos das festas de Cibele, e do doce odor daquela que ali o amamentou.

Não queria Júpiter que seu próprio túmulo fosse exaltado sobre o Capitólio inteiro, porque, preferencialmente, a terra que cobriu suas cinzas poderia vir a ser a senhora do mundo? Desejaria Juno a destruição da cidade Púnica, amada a ponto de negligenciar Samos, e isso por uma nação primitiva? Sim, eu sei, *"aqui estavam seus exércitos, aqui estava sua carruagem, este reino, porque permitam os fados, a deusa desejava e sonhava ser a senhora das nações"*. A malfadada mulher e irmã de Júpiter não tinha poder para prevalecer contra os fados! *"Júpiter mesmo foi ajudado pelo fado"*. E contudo os romanos nunca prestaram tal homenagem aos fados! Eles que lhes deram Cartago contra o propósito e a vontade de Juno, assim como da abandonada meretriz Larentina.

É indubitável que senão poucos de vossos deuses tiveram poder na terra como reis. Se, então, eles agora possuem mais poder de agradecer um Império do que quando eles mesmos eram reis, de quem receberam suas honras reais? A quem Júpiter e Saturno adoravam? A um Estérculo, suponho. Mas, os romanos primitivos junto com os nativos adoraram depois também a quem nunca tinha sido rei? Nesse caso, então, estavam sob o reinado de outros, a quem nunca sujeitaram, já que não se elevaram à liderança divina. Esta, então, pertencia a outros, que podiam presentear os reinos, já que havia reis antes daqueles deuses terem tido seus nomes no rol das divindades.

Mas que loucura agora é atribuir a grandeza do nome romano aos méritos da religião, já que foi depois que Roma se tornou um Império, ou, se quiserdes, um reinado, que a religião que ela professa promoveu seu imenso progresso! É agora o caso? Foi sua religião a fonte da prosperidade de Roma? Embora Numa Pompílio tenha estabelecido com ardor observâncias supersticiosas, contudo a religião entre os romanos não constava, contudo, de imagens ou templos. Era frugal em seus modos, seus ritos eram simples, não havia capitólios ascendendo aos céus; mas os altares eram improvisados de turfa, os vasos sagrados eram utensílios de barro do Sâmnio, deles vinha o odor de rosa, e não se viam imagens de Deus.

Naquele tempo a habilidade dos Gregos e Toscanos na confecção de imagens não tinha ainda chegado à cidade com os produtos de sua arte. Os romanos, portanto, não foram conhecidos por sua devoção aos deuses antes de terem alcançado a grandeza. Assim, sua grandeza não foi resultado de sua religião. Como poderia a religião tornar grande um povo que deveu sua grandeza à sua irreligião?

Pois que, se não estou errado, reinos e impérios são adquiridos pelas guerras, e são ampliados por vitórias. Mais do que isso, vós não podeis conquistar guerras e vitórias sem a presa e muitas vezes a destruição de cidades.

Isto é uma calamidade na qual os deuses têm sua parte de responsabilidade. Casas e templos sofreram, por isso, igualmente. Há um indiscriminado morticínio de sacerdotes e cidadãos. A mão da rapina se dirige igualmente ao tesouro sagrado e ao tesouro do povo. Assim os sacrilégios dos romanos são tão numerosos como seus troféus. Eles se vangloriam tanto de triunfos sobre os deuses como sobre as nações. Apropriam-se tanto de despojos de batalha, como de imagens das divindades cativas.

Os pobres deuses se submetem a ser adorados por seus inimigos, e ainda proporcionam um Império ilimitado àqueles de cujas mãos receberam por retribuição mais injúrias do que homenagem simulada.

Mas as divindades inconscientes são desonradas impunemente, exatamente como são em vão adoradas.

Certamente nunca podeis acreditar que a devoção à religião fez evidentemente progredir a grandeza um povo que, como disse, cresceu seja por injuriar a religião, seja ter uma religião injuriada por seu crescimento.

Igualmente, aqueles cujos reinos se tornaram parte desse grande todo que é o Império do Romano, não eram sem religião, quando seus reinos lhes foram tomados.

Capítulo XXVI

Examinai e vede se Ele não é o dispenseiro dos reinos, aquele que é simultaneamente o Senhor do mundo, por quem é governado, e que governa os próprios homens; se Ele não fez as mudanças de dinastias, com suas indicadas seqüências, que existiu antes de todos os tempos e determinou no mundo uma continuidade de tempos. Se o soerguimento e a queda dos países não são Sua obra, sob cuja soberania a raça humana primitivamente existiu sem nenhuma país.

Como explicais que incidis em tal erro? Porque a Roma de simplicidade rural dos tempos primitivos é mais velha do que muitos de seus deuses. Ela reinou antes que seu orgulhoso e imenso Capitólio fosse construído. Os babilônios também se constituíram em Império antes dos dias dos pontífices, e os medas antes dos quíndecênviros. Os egípcios antes dos sális. A Assíria antes de Lupércio, e as amazonas antes das Virgens Vestais.

E para acrescentar outro ponto: se as religiões de Roma lhe proporcionaram um Império, a antiga Judéia nunca teve um, desprezando-o como fez com um e todos aqueles ídolos divinizados; a Judéia cujo Deus, vós, romanos, certa vez honraram com vítimas, com presentes de seu Templo, e com tratados de seu povo, ela nunca esteve sob vosso cetro, senão por ocasião dessa última e final ofensa contra Deus, quando rejeitaram e crucificaram Cristo.

Capítulo XXVII

Bastante já foi dito nessas explicações para refutar a acusação de traição contra vossa religião e porque não podemos ser considerados prejudiciais àqueles que não existem... Portanto, quando somos convidados a sacrificar, recusamos resolutamente, apoiados no conhecimento que temos, pelo qual estamos certos sobre a realidade dos seres aos quais esses sacrifícios são oferecidos, sob a profanação de imagens e a deificação de seres humanos.

Muitos, de fato, julgam isso um ato de insanidade, pois estando em nosso poder oferecer logo o sacrifício e nos livrarmos do castigo, mantemos nossas convicções; é que preferimos uma persistência obstinada em nossa confissão, para nossa salvação. Vós nos avisais, é certo, que assim estamos tirando vantagens de vós, mas sabemos de quem procedem tais sugestões, quem está por trás disso, querendo vencer nossa constância, e como faz todo esforço, agora com manhosa persuasão e depois com perseguição sem piedade. Não é outro senão o espírito, meio demônio, meio anjo que, nos odiando por causa de sua própria separação de Deus, levado pela inveja do favor que Deus nos tem demonstrado, vira vossas mentes contra nós com influências ocultas, moldando-as e instigando-as a todas as perversidades no julgamento, e àquela crueldade indevida que mencionamos no começo de nosso trabalho, quando iniciamos esta discussão.

Porque, embora todo o poder dos demônios e maus espíritos nos esteja sujeito, contudo, como escravos, indispostos muitas vezes, estão cheios de medo: assim são eles também. Por medo, também inspiram ódio. Além disso, em sua condição desesperada, já que estão condenados, causa-lhes algum conforto quando adiam o castigo e usufruem de suas disposições malignas. No entanto, quando nossas mãos são levantadas contra eles, ficam subjugados de repente, submissos a seu lugar; e àqueles a quem se opõem à distância, reservadamente pedem misericórdia.

Assim, nas sedes rebeladas, em prisões ou minas, ou em qualquer um desses locais para penas escravas, são aqueles que se revoltam contra nós, seus senhores, sabendo sempre que não são ameaça para nós e, exatamente por isso, de fato, se entregam mais renhidamente à destruição. Nós lhes resistimos a contragosto, como se fossem nossos iguais, e os enfrentamos perseverando naquilo que eles atacam.

Nosso triunfo sobre eles nunca é mais completo do que quando somos condenados pela resoluta adesão à nossa fé.

Capítulo XXVIII

Mas sendo evidente a injustiça de compelir homens livres, contra sua vontade, a oferecer sacrifício - porque mesmo em outros atos de serviço religioso se requer uma mente de boa vontade - deveria ser tido por total absurdo um homem obrigar outro a dar honras aos deuses, quando cada um deve voluntariamente, pelo sentido de sua própria necessidade, procurar o favor deles, para que, na liberdade que é seu direito, esteja pronto a dizer: *"Não preciso dos favores de Júpiter, a quem orais... Que Jano me venha com olhares tristes em qualquer uma de suas faces, a que desejar... O que tendes a ver comigo?"*

Vós sois levados, não há dúvidas, por aqueles mesmos espíritos maus que vos compelem a oferecer sacrifícios para o bem estar do imperador; e ficais compelidos à necessidade de usar a força, da mesma forma como estamos sob a obrigação de enfrentar os perigos disso. Somos conduzidos, agora, à segunda base da acusação: somos culpados de traição contra a majestade muito augusta, porque cuidais de dar homenagem com maior temor e a maior reverência ao Imperador do que a ao próprio Júpiter Olímpico.

Mas - bem sabeis - procedeis com diferentes fundamentos. É porque não há nenhum homem melhor do que aquele temível, seja quem for? Mas isso não é feito por vós senão com base num poder cuja presença vivamente sentis. Assim também nisso sois culpados de impiedade para com vossos deuses, visto que mostrais uma maior reverência ao soberano humano do que aos deuses. Daí, entre vós, o povo também jura falso mais facilmente pelo nome de todos os deuses, do que pelo nome do supremo Imperador.

Capítulo XXIX

Esclareçamos, portanto, antes de mais nada, se aqueles aos quais se oferecem sacrifícios estão aptos a proteger seja o Imperador seja alguém mais, e assim nos julguem culpados de traição; se anjos ou demônios, espíritos da pior natureza, podem realizar o bem, se o perdido pode dar salvação, se o condenado pode dar liberdade, se o morto (refiro-me a quem bem conheceis) pode defender o vivo...

Porque certamente a primeira coisa de que cuidariam seria da proteção de suas estátuas, imagens e templos, e aquilo a que antes de tudo deveriam sua segurança, ou seja, à vigilância dos guardas do Imperador. Sim, penso, os próprios materiais de que são feitos provêm das minas do Imperador, e não haveria um templo que não dependesse da vontade do Imperador. Sim, e muitos deuses já sentiram o desagrado do Imperador.

Meu argumento é que eles são também participantes do favor imperial, quando o Imperador lhes confere algum presente ou privilégio. Como podem eles - que assim estão sob o poder do Imperador, que pertencem inteiramente ao Imperador - ter a proteção do Imperador sob sua responsabilidade, do modo que possais imaginá-los aptos a dar ao Imperador o que eles mais prontamente recebem do Imperador?

Esta é, pois, a base na qual somos acusados de traição contra a majestade imperial, a saber, não colocamos os imperadores submissos às suas próprias propriedades; porque não oferecemos um simples arremedo de culto à crença nessas divindades, como não acreditando que a segurança dos imperadores permaneça em mãos metálicas. Mas sois ímpios a tal ponto que procurais a divindade onde não está, que a procurais naqueles que não a possuem, passando por Aquele que a possui inteiramente em Seu poder. Além disso, perseguis aqueles que sabem onde procurá-La e que, sabendo onde procurá-La, são capazes de também gozar de Sua segurança.

Capítulo XXX

Oferecemos preces pela segurança de nossos líderes ao Eterno, ao Verdadeiro, ao Deus vivo, cujo beneplácito, acima de todos os outros, eles próprios desejam. Eles sabem de quem receberam seu poder. Sabem, já que são homens, de quem receberam a própria vida. Estão convencidos de que Ele é o único Deus, de cujo único poder são inteiramente dependentes, de quem são segundos, depois de Quem ocupam os mais altos cargos, antes e acima de todas as divindades. Por que não são superiores à morte, já que estão acima de todos os seres humanos, e vivendo como vivem?

Eles meditam sobre a extensão de seu poder e assim vêm a compreender o Altíssimo. Reconhecem que possuem todo seu poder recebido d'Ele contra o qual seu poder é nada.

Que o imperador faça guerra ao céu, que leve o céu cativo em seu triunfo, que ponha guardas no céu, que imponha taxas ao céu! Ele não pode! Exatamente porque ele é menor do que o céu, ele é grande. Pois ele mesmo é d'Aquele ao qual o céu e todas as criaturas pertencem. Ele obteve seu cetro quando lhe foi concedida sua humanidade. Seu poder, quando recebeu o sopro da vida.

Para lá elevamos nossos olhos, com as mãos abertas, porque livres do pecado, com a cabeça descoberta, porque não temos nada de que nos envergonharmos, finalmente, sem um monitor porque é de nosso coração que partem nossas preces.

Sem cessar, oferecemos preces por todos os nossos líderes. Pedimos por uma vida longa, pela segurança do Império, para a proteção da casa imperial, para os bravos exércitos, por um senado fiel, por um povo virtuoso, e, enfim, por todo o mundo, seja quem for, homem ou Imperador, como um imperador desejaria.

Essas coisas eu não posso pedir senão a Deus, de quem sei que as obterei, seja porque somente Ele as concede, seja porque Lhe peço sua

dádiva, como sendo um servo Dele, rendendo homenagem somente a Ele, perseguido por Sua doutrina, oferecendo a Ele, por Seu própria recomendação, aquele custoso e nobre sacrifício de prece feito por um corpo casto, uma alma pura, um espírito santificado, e não por alguns poucos grãos de incenso que nada valem - extraído da árvore arábica - nem alguns pingos de vinho, nem o sangue de alguma boi indigno para o qual a morte é um destaque, e, em adição a outras ofensivas coisas, uma consciência poluída, de tal modo que alguém se admira quando vossas vítimas são examinadas por aqueles sacerdotes vis. Por que o exame é menor sobre o que sacrificam do que sobre os que são sacrificados?

Com nossas mãos assim abertas e levantadas para Deus, nos entregamos a vossas claves de ferro, somos suspensos em cruces, lançados às chamas, temos decepadas nossas cabeças pela espada, somos entregues aos animais selvagens: a verdadeira atitude de prece de um cristão é uma preparação para todos os castigos.

Que esses bons administradores façam seu trabalho, arranquem-nos a alma, implorando a Deus pelo bem estar do Imperador. Acima da verdade de Deus e da devoção a Seu nome, ponde o estigma do crime.

[The translator unfortunately died leaving the remaining chapters 31-50 to do. The translation was made from the English Ante-Nicene Fathers version]

Capítulo XXXI

Mas nós simplesmente, vocês dizem, lisonjamos o imperador e fingimos essas nossas orações para escaparmos da perseguição. Obrigado por vosso engano, dando a nós a oportunidade de provar nossas alegações. Aquele de vós que pensa que não nos importamos com o bem-estar de César, investigue as revelações de Deus, examine nossos livros sagrados, os quais nós não escondemos e que por muitas maneiras acabam parando nas mãos daqueles que não são dos nossos. Aprenda através deles que uma grande benevolência está sobre nós a ponto de suplicarmos a Deus por nossos inimigos e desejarmos bênçãos a nossos perseguidores. Quem, portanto, são os maiores perseguidores dos cristãos, senão as muitas festas com traições as quais somos carregados. Além disso, muitas vezes e claramente a Escritura diz: “Reze pelos reis, juízes e poderes, então tudo estará em paz com você”. Pois quando há distúrbios no Império, se o tumulto é sentido por seus outros membros, certamente nós também o sentimos, já que nós não somos dados à desordem.

Capítulo XXXII

Há também uma outra e grande necessidade para oferecermos orações em favor dos imperadores, e não somente para a completa estabilidade do Império e em favor dos interesses dos Romanos em geral. Pois nós sabemos que o iminente choque de poderes em toda a terra é apenas retardado pela contínua existência do Império Romano. Nós não temos desejo algum de sermos tomados por esses terríveis eventos e em nossas orações, no desejo de que esses eventos demorem a acontecer, colocamos em destaque nosso desejo de continuidade do Império Romano. Além disso, enquanto nos recusamos jurar pelo gênio de César, nós juramos por sua segurança, a qual é muito mais importante que todo seu gênio. São vocês ignorantes do fato de que esses gênios são chamados “Daimones”, e que o diminutivo “Daimonia” é aplicado a eles? Nós respeitamos na pessoa do imperador a ordem de Deus, que o pôs acima das nações. Nós sabemos que há isso neles o qual Deus tem legado; e a quem Deus legou essas coisas nós desejamos toda segurança, e nós consideramos um juramento pela segurança do imperador um julgamento muito importante. Mas para os demônios, isso é, seus gênios, nós temos o hábito de exorcizá-los, não juramos por eles, evitando dar a eles a divina honra.

Capítulo XXXIII

Mas por que se estender a respeito do sagrado respeito e reverência que os cristãos dão ao imperador, o qual nós apenas podemos reconhecê-lo chamado por Deus ao seu serviço? Portanto, sob essas condições devo dizer que César pertence mais a nós do que a vocês, pois nosso Deus o escolheu. Portanto, tendo essa possibilidade, eu faço mais por seu bem-estar, não simplesmente porque eu peço isso para Aquele que pode dar isso, ou porque eu peço isso como alguém que merece, mas por que, em se tratando de manter o poder de César em seus devidos limites e pondo isso sob o Excelso e tornando isso menor que o divino, eu muito o recomendo a Deidade, a quem eu o faço o único inferior. Mas eu o coloco em uma posição inferior a quem eu considero mais glorioso que o imperador. Nunca irei chamar o imperador de Deus, e isso porque não está em mim ser culpado de falsidade; ou porque eu não me atrevo a expô-lo ao ridículo; ou porque ele mesmo não desejará ter esse alto nome a ele aplicado. Se ele é somente um homem, é do seu interesse como homem dar a Deus seu alto posto. Deixemos que ele pense sobre isso o suficiente para suportar o nome de imperador. Chamá-lo de Deus é usurpar seu título. Se ele não é um homem, então não pode ser um imperador. Mesmo quando, em meio às honras de um triunfo, ele está sentado no seu honroso carro de guerra, ele se recorda de ser um homem. Uma voz em sua mente permanece suspirando em seus ouvidos: “Olhe para sua condição, lembre-se de que você é apenas um homem.” E isso apenas acrescenta as suas exaltações o fato de que ele brilha com uma luz que ultrapassa os requerimentos de sua condição e que ele necessita de uma reminiscência, para que ele não acredite ser de natureza divina.

Capítulo XXXIV

Augusto, o fundador do Império, nunca recebeu o título de Senhor; este é, pois, o nome da Deidade. Da minha parte, estou disposto a dar ao imperador essa designação, mas na aceitação comum da palavra e quando sou forçado a chamá-lo assim no caso dele estar sendo um representante de Deus. Mas minha relação com ele é apenas de liberdade, pois tenho um só e verdadeiro Senhor, Deus onipotente e eterno, o qual é senhor também do imperador. Como pode ele, o qual é realmente pai de seu país, ser seu senhor? O nome da piedade é mais gratificante que o nome do poder; então os chefes das famílias são chamados pais tanto mais que senhores. Longe de nós o imperador receber o nome de Deus. Nós apenas podemos professar nossa crença de que ele é o que é indignamente, ou mais que isso, por uma bajulação fatal; isso é como se, tendo um imperador, você chamasse a outro pelo nome de imperador, em qual caso você ofenderia aquele que atualmente reina. Dê toda a reverência a Deus, se você deseja que o imperador seja propiciado por Deus. Dê toda a adoração e acredite nEle, pois nenhum outro é divino. Cessem também de atribuir o nome sagrado àquele que necessita de Deus. Se essa adulação mentirosa não é vergonhosa, chamando divino um homem, deixe que ele tenha pavor pelo menos do mau presságio o qual ele suporta. É a invocação de um praga, para dar a César o nome de deus antes de sua apoteose.

Capítulo XXXV

Esta é a razão, pois, do porquê serem os cristãos considerados inimigos públicos: eles não são vaidosos, falsos, nem imprudentes com relação à honra do imperador; como homens que acreditam na verdadeira religião, eles preferem celebrar seus dias de festa com boa consciência, ao invés de serem libertinos. É, verdadeiramente, uma notável homenagem lançar fogos e camas ante o público, banquetando de rua em rua, tornando a cidade uma grande taverna, fazendo lama com vinho, realizando atos violentos, vergonhosos e luxuriantes! Será honesto alegrar-se abertamente da desgraça pública? Fazer coisas diferentes sendo outras vezes conveniente os dias festivos dos príncipes? Aqueles que observam as regras das virtudes em reverência a César, por causa dele se afastariam delas? Deve a piedade ser uma licença para ações imorais, e deve a religião ser usada para fornecer a ocasião para todo tipo de extravagâncias? Pobres de nós, dignos de condenação! Pois por que nós mantemos os dias votivos e de alta alegria em honra de César com castidade, sobriedade e virtude? Por que, nos dias de felicidade, nós nem cobrimos as vigas de nossas portas com loureiros nem iniciamos o dia com lâmpadas? É algo correto, nas ocasiões de festividade pública, vestir nossa casa elegantemente como um novo bordel? Entretanto, na importância desta homenagem a uma majestade menor, em referência a nós sermos acusados de um pequeno sacrilégio, pois nós não celebramos com vocês os feriados de César de uma maneira proibida pela modéstia, decência e pureza - de fato, eles têm sido estabelecidos como que fornecendo oportunidades para dissoluções mais do que qualquer outro motivo; nesta importância estou ansioso para ressaltar quão fiéis e verdadeiros são vocês, para não acontecer que estes que não nos tem como romanos, mas como inimigos dos chefes de Roma, sejam considerados piores que nós, cristãos! Apelo aos próprios habitantes de Roma, à população das sete colinas: por acaso os habitantes de Roma já dispensaram algum César? O Tibre e as feras selvagens testemunham. Diga agora se a natureza cobriu nossos corações com uma substância transparente através da qual a luz pode passar, os quais, todos cortados, não podem

deletar a cena de outro e outro César presidindo a distribuição de um dom? E muitas vezes eles estão gritando: “Talvez Júpiter pegue anos de nós e com eles alongue os de vocês” - palavras tão estranhas aos lábios de um cristão quanto está fora de questão seu desejo de uma mudança de imperador. Mas isto é o povinho, vocês dizem; mas, mesmo sendo a ralé, eles ainda são romanos, e nada mais freqüente do que eles pedirem a morte dos cristãos. É claro que as outras classes, como convém a suas altas posições, são muito religiosas. Nem um único sinal de traição há no Senado, nas ordens eqüestres, nos campos, no palácio. De que lugar, então, veio um Cássio, um Negro, um Albino? De que lugar, eles que acossaram o César entre os dois loureiros? De onde, eles que praticaram luta livre, na qual adquiriram a habilidade necessária para estrangulá-lo? Eles, que entraram no palácio, cheios de armas, mais audaciosos que todos os seus Tigerii e Parthenii. Se não estou enganado, eles eram romanos; isto é, eles não eram cristãos. Ainda todos eles, na véspera de suas traições, ofereceram sacrifícios pela vida do imperador, e juraram por ele, uma coisa em profissão e outra em seus corações; e eles tinham o hábito de denominar os cristãos de inimigos do Estado. Sim, e pessoas que agora são trazidas diariamente à luz como confederados ou aprovadores desses crimes e traições, as junções ainda restantes depois de uma colheita de traidores, com loureiros novos e verdes eles enfeitaram suas portas; com nobres e brilhantes lâmpadas, eles revestiram seus pórticos; com os mais requintados e chamativos sofás eles dividiram o Fórum entre eles; não que eles devam celebrar festas públicas, mas eles devem pegar uma amostra de suas seções votivas em participação das festividades de outro, e inaugurar o modelo e imagem de suas esperanças, mudando em suas mentes o nome do imperador. A mesma homenagem é prestada, também respeitosa, por aqueles que consultam astrólogos e magos, sobre a vida de César - artes que, sendo feitas por anjos caídos e proibidas por Deus, os cristãos não podem usá-las. Mas quem tem qualquer ocasião para perguntar sobre a vida do imperador, se ele não tem algum desejo contra ela ou alguma esperança e expectativas para depois dela? Pois consultas a astrólogos não têm o

mesmo motivo no caso de amigos como no caso dos soberanos. A ansiedade de uma parenta é algo muito diferente da de um súdito.